

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1853.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

AÑO 12. — N° 44.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO.

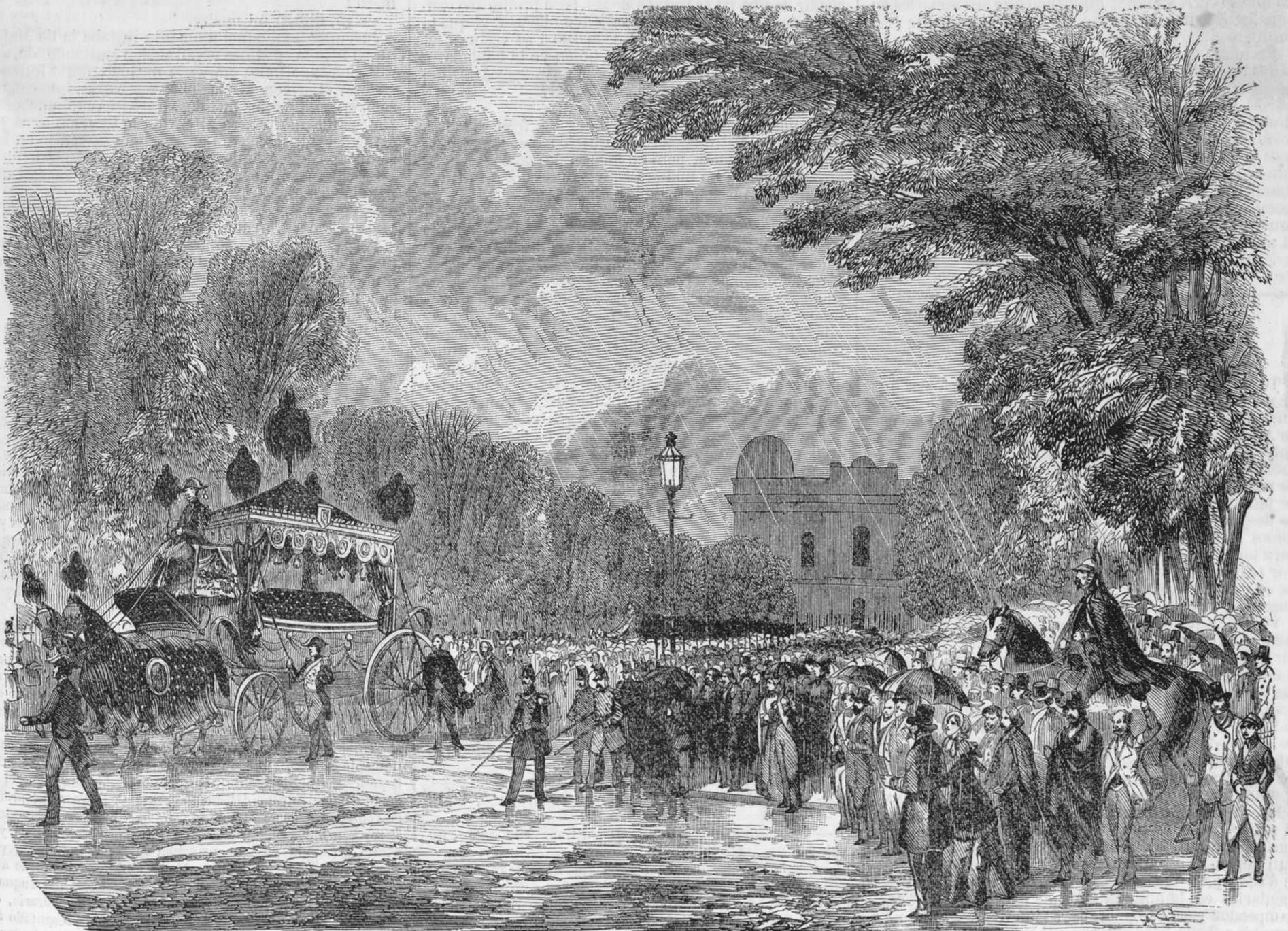
M. Arago.; grabado. — Un viaje á Simancas. — Historia de la semana. — Viaje en busca de sir John Franklin. — Cartas sobre la Escocia; grabados. — Mi primo el mayor Molineux. — La Yedra. — La piedra que vira; grabado. — Puente-canal de Agen; grabado. — Carreras de caballos en Puerto-Luis (Isla Mauricio); grabados. — Mis creencias. — Espanto de Mejico. — Los pasajes árticos. — La caza del cocodrilo. — Notas y recuerdos de la Habana; grabados. — La mujer abandonada. — Omer-Baja; grabado.

M. Arago.

La Francia acaba de perder uno de sus primeros oradores y el mundo uno de sus primeros sabios. Si se tratara de una reputacion ménos universal, si hablásemos aquí de alguno de esos hombres apreciables, pero cuya fama se circunscribe á una estrecha localidad, necesitaríamos entrar en minuciosos detalles biográficos para hacer su recomendacion; pero se trata de M. Arago cuyo nombre es popular en todo el mundo porque de muchos años á esta parte no ha habido cuestion científica en que no haya brillado ó dado una resolucion satisfactoria,

no ha ocurrido fenómeno alguno celeste cuyo misterio escapase á su penetracion, no ha habido en fin discusion grave en el Instituto francés que no haya iluminado con la luz de su rica inteligencia, y por estas mismas razones serémos breves al dedicarle este artículo necrológico.

Imposible parece que haya enriquecido las ciencias físico-matemáticas con tantas importantes investigaciones un hombre que en el período de treinta años habia tomado constantemente parte en las contiendas políticas, ya como diputado de la oposicion, durante el reinado de Luis Felipe, ya como ministro de la Guerra y



Séquito fúnebre de M. Arago, saliendo del Observatorio.

de la Marina después de la revolución de febrero; pero todo lo venció con la fuerza de su genio y de su voluntad, dejando en tan diversas tareas marcas gloriosas, recuerdos como ciudadano y como sabio.

Para dar una idea á la vez del sabio y del orador copiarémos las siguientes palabras escritas hace ya algunos años por el célebre Cermenin, uno de los biógrafos mas imparciales de la Francia.

« Cuando Arago sube á la tribuna, la Cámara, atenta y curiosa guarda silencio. Los espectadores de las tribunas públicas se inclinan para verle. Su estatura es alta, sus cabellos rizados y flotantes, y su hermosa cabeza meridional domina la Asamblea. Hay en la sola contracción musculosa de sus cejas un poder de voluntad y de meditación que revela un superior talento. Diferente de esos oradores que hablan de todo ignorando lo que dicen muchas veces, Arago no habla mas que en las cuestiones preparadas que unen al atractivo de la ciencia el interés de la ocasión. Así es que sus discursos tienen generalidad y actualidad dirigiéndose al mismo tiempo á la razón y á las pasiones de su auditorio que no tarda en dominar. Apenas ha entrado en materia cuando concentra en sí todas las miradas. Vedle tomar, por decirlo así, la ciencia entre sus manos, despojarta de su aridez y de sus formas técnicas, haciéndola perceptible hasta el punto de que los mas ignorantes quedan tan admirados como encantados de comprenderles. Hay algo de luminoso en sus demostraciones, y parece que salen rayos de luz de sus ojos, de su boca y de sus dedos... Cuando se limita á narrar los hechos, su elocución solo tiene las gracias naturales de la sencillez; pero si frente á frente de la ciencia, la contempla con profundidad para visitar sus arcanos ó exponer sus maravillas, entonces su admiración por ella principia á tomar un magnífico lenguaje; su voz se anima, su palabra se colora y su elocución se hace grande como el objeto que le inspira. »

M. Arago habia hecho ántes de morir con sus trabajos el panegirico de sus talentos, pero era necesario que otros hicieran la apología de sus virtudes. Así entre los discursos que se pronunciaron en su elogio el dia de sus funerales, merecen citarse estas palabras del almirante M. Baudin: « Cuando este grande hombre fué ministro, dijo el orador, después de las ocurrencias de febrero, se dedicó á establecer el orden en medio de la confusión, mostrando siempre la mayor calma y benevolencia, arrojando al fuego las delaciones, apaciguando á los partidos extremos, no aceptando las dimisiones y obligando á todo el mundo á cumplir con sus deberes. Durante los cuatro meses de su ministerio, M. Arago al ver los apuros del Erario se abstuvo de cobrar el sueldo que le correspondia, queriendo que sus servicios en aquellas difíciles circunstancias fuesen puramente gratuitos. »

Excusado es decir que el entierro de M. Arago ha sido de los mas solemnes, no solo por los obsequios oficiales que le tributaron el gobierno y el Instituto francés; sino por el homenaje que no podia ménos de rendirle la multitud, acompañando á su cadáver desde el Observatorio hasta el cementerio. Allí, á pesar de la lluvia, vimos personas de todas las clases y condiciones, rivalizando los extranjeros con los naturales en el deseo de manifestar su sentimiento por la muerte del grande hombre, pues todos debiamos considerar en dicha muerte una pérdida, no solo para la Francia, sino para el mundo entero.

Un viaje á Simancas.

Todos mis lectores conocerán, aunque no sea mas que de nombre, el pueblo de Simancas, por lo mucho que figuró en la antigua historia de Castilla, y sobre todo por su Archivo, que es uno de los mas ricos del mundo, pues entre millares de documentos curiosos contiene las famosas cuentas del Gran-Capitan. Yo que tuve el gusto de nacer á ocho leguas de distancia del tal Archivo, tuve tambien la pereza de no visitarle hasta mucho tiempo después de mi permanencia en Madrid; porque así somos los españoles; solemos emprender largos viajes para tener el gusto de satisfacer un capricho, y la mayor parte de las veces ignoramos lo que pasa en la calle en que vivimos por no tomarnos el trabajo de asomarnos al balcon.

Verdad es que cuando yo tomé la diligencia para trasladarme al susodicho pueblo era porque necesitaba sacar algunos apuntes del mencionado Archivo. Pero sea como quiera, yo hice mi viaje que me costó treinta horas de traqueteo en la maldita diligencia, lo que no me pesa, pues quedé bien pronto agradablemente sorprendido, no tanto de las curiosidades del expresado Archivo como de la gente del indicado pueblo. Hay en el tal establecimiento papeles importantes de donde se pueden sacar importantes apuntes; pero yo no saqué tales apuntes por no tomarme la pena de descifrar tales papeles. ¿Quién se atreve á penetrar en aquel laberinto? Si solo estuviera el quid en la diversidad de lenguas que allí figuran, podia uno arrostrarla dedicándose algun tiempo al estudio; pero la dificultad de encontrarse á cada paso documentos en idioma lemosin con comentarios en la antigua fabla de los abuelos del Cid Campeador y notas en árabe, es inferior á la de comprender aquella letra antigua que mas que letra parece unas veces greca y otras línea espiral formada por una sucesión de rabos de pasa. Yo abandoné mi empresa de

sacar apuntes del Archivo para estudiar los del pueblo que son ménos difíciles y no ménos curiosos.

Lo primero que me llamó la atención fué el recuerdo de una muletilla comun entre los castellanos, cosa que yo habia olvidado después de quince años de ausencia, y la cual consiste en satisfacer á muchísimas preguntas con esta respuesta que es una especie de comodín: «velay» ¿Qué quiere decir velay? Por poco que analicemos esta palabra comprenderemos que viene del verbo *ver* y del adverbio de lugar *ahí*, de modo que uniendo el verbo en imperativo de segunda persona al pronombre *lo* y al expresado adverbio, resultará este compuesto *vee-lo-ahí*, ó simplificando *velo-ahí*. La gente de los lugares que siempre tiene hambre, y no solo come jamonés y chorizos para saciarla, sino las principales palabras de cada oración y las mas preciosas letras de cada palabra debió suprimir ó comerse poco á poco una *e* del verbo, la *o* del pronombre y la *h* del adverbio con lo cual y con sustituir la *y* griega á la *i* latina convirtieron la expresion castellana de *vee-lo-ahí* en el modismo provincial de *velay*. Este modismo se emplea siempre y en todos los casos, y para responder á toda clase de personas, sin reparar en la falta de desatención que se comete cuando se dirige á un sugeto á quien se debe tratar por lo ménos de *usted* esta locucion que, aun siendo aceptable, solo debería usarse entre los que se tratan de tú, ó tú por tu. Así, si ustedes preguntan á cualquier vecino ó vecina de Simancas algo que les interesa, se quedarán en ayunas al oír la sola contestación de *velay*, que es la infalible; y sin embargo, esta expresion tan indeterminada sirve entre aquellas gentes sencillas, á los unos para indicar lo que quieren decir, y á los otros para saber lo que deben entender.

Lo primero que un hombre hace cuando llega á un pueblo donde piensa permanecer algun tiempo es buscar una habitación, una casa de huéspedes, una posada enfin, y lo primero que hice yo cuando llegué á Simancas, fué lo primero que hace todo el mundo con quien no siempre he estado en desacuerdo. Tomé pues un cuarto amueblado, y mientras ponía mi equipaje en orden oí que mi patrona decía á una amiga suya:

— Chica, estoy de enhorabuena.

— ¿Porqué?

— Porque acaba de hospedarse en mi casa un francés.

Como en aquella casa tan pequeña era imposible que hubiese mas huésped que yo, me llamó la atención lo que decía mi patrona, pues era muy raro que hablandome yo la lengua castellana con su mas puro acento me tomasen por francés. Hecha esta reflexión me quise persuadir de que no se trataba de mí, pero pronto me convencí de lo contrario, pues saliéndome al portal ví que la patrona señalándome con el dedo dijo á su vecina:

— Este señor es el francés de quien yo te hablaba.

— ¿Cómo, qué francés? contesté yo inmediatamente; pues ¿no ve Vd. que hablo en español?

— Sí señor.

— Pues luego, ¿porqué me llama Vd. francés?

La pobre patrona hubiera querido darme una respuesta satisfactoria, pero no queriendo meterse en honduras de donde no pudiera salir, contestó á mi última pregunta con la consabida muletilla de:

— *Velay*.

Entonces fué cuando recordé verdaderamente que me hallaba en Castilla, en aquella tierra donde pasé mis primeros años, y el estribillo de *velay* que yo habia empleado tantas veces me hizo prorumpir involuntariamente en una carcajada. Lo cierto es que mi patrona me dejó á oscuras con su respuesta, y me hizo cavilar mucho la idea de que en mi patria me llamasen francés, cuando hasta en Madrid conocia todo el mundo por mi acento que habia nacido en los alrededores de Simancas. Bastante tiempo tardé en averiguar la razón que mi patrona tenia para llamarme francés, sabiendo que era español; pero ví que á todos los demás españoles que estaban por temporada en aquel pueblo les llamaban franceses tambien, y voy á explicar á mis lectores esta costumbre de los habitantes de Simancas.

Haria tres ó cuatro dias que bullia esta idea en mi mente sin encontrar ninguna razón satisfactoria, y sin concebir que existiese esta razón, cuando oí este otro diálogo entablado entre mi patrona y una vieja, amiga suya.

— Buenos dias, Matea; este era el nombre de mi patrona.

— Téngalos Vd. muy buenos, tia Calesparra; este era el mote de la vieja.

— ¿Qué haces de bueno?

— Yo ¿qué quieres que haga? Nada, esperando á ese francés de Valladolid que se fué la semana pasada y quedó en volver ántes de ocho dias.

Al oír yo estas palabras, salí de mi habitación, y dirigiéndome á la vieja dije:

— Señora, ese sugeto que Vd. espera, ¿no dice Vd. que es de Valladolid?

— Sí, señor.

— Pues entonces, ¿cómo le llama Vd. francés?

— *Velay*.

— Quedamos enterados, ¿Qué quiere Vd. decir con *Velay*?

— Yo le diré á Vd., señor; en mi tiempo no venian á sacar papeles del Archivo mas que los extranjeros, y como sabe Vd. que en España llamamos franceses á todos los extranjeros...

— Ya entiendo.

— A todos los señoritos forasteros que veíamos entrar en el Archivo los llamabamos franceses. Después

han dado en venir españoles, pero nosotros conservamos la manía de llamar franceses á todos los que traen algo que hacer en el Archivo, con que... *Velay*.

Podia yo haberme devanado los sesos toda mi vida, que seguramente no hubiera encontrado la razón de la sin razón, como decía Cervantes, y sin embargo, la vieja me dió toda la explicación que yo pudiera desear, para comprender que habia cierta lógica en la rutinaria calificación de francés con que me habia honrado mi pobre patrona.

Estas pobres mujeres eran en efecto sencillas, incapaces de soltar una palabra con ánimo de ofender á nadie, generosas hasta el punto de quedarse sin comer por hacer un obsequio á cualquiera, y con decir esto tienen mis lectores una idea de lo que es en general la gente de Castilla; pero al mismo tiempo, lo diré francamente, hay tan poco aseo en aquellos pueblos, como podrán Vds. comprender por esta singular aventura.

Al dia siguiente de mi llegada á Simancas, me levanté un poco tarde porque necesitaba descansar de la fatiga del viaje, si bien debo decir que yo no necesito estar muy cansado para levantarme tarde. Además, la hija de mi patrona, que era una muchacha de catorce á quince años, me estaba regalando el oído con una nueva canción de la jota aragonesa que cantaba mientras zurcía unas medias, pues debo decir de paso que el pueblo castellano es eminentemente poeta y músico: allí se oye cada cuatro dias una canción nueva que parece insuperable, hasta que viene otra que siempre es mejor, siendo digno de notarse que ni los que componen dichas canciones son músicos de profesion, ni puede averiguarse nunca quien sea el autor de aquellas canciones que harian honor al genio de Rosini. Por otra parte, los cantos no solo son magníficos porque son realmente inspirados, sino por la ejecución. La gente de los pueblos que respira el aire puro de los campos goza generalmente de una constitución robusta desarrollando el pulmon de tal modo que allí es donde podrian hallarse á centenares y por poco dinero esas pocas voces privilegiadas que se oyen tan rara vez y cuestan tan caras en los teatros de las grandes poblaciones. Con esto que llevo manifestado se comprenderá fácilmente el gusto con que yo descansaria, arrullado por una preciosa voz que interpretaba una canción incomparable. Por fin, recordé aquella virtud que dice: « contra pereza diligencia, » y me vestí con ánimo de dar un paseo. Ante todo me dirigí á la muchacha que cantaba, preguntándola quién era el autor de aquella canción.

— Toma, dijo la muchacha, ¿qué sé yo?

— Pero Vd., repuse, ¿á quién se la ha oído primero?

— Yo, dijo, á mi madre.

Justamente en aquel momento llegaba la tia Matea á quien hice las mismas preguntas, resultando de todas mis investigaciones que seria de todo punto imposible conocer el origen de los deliciosos cantos que cada dia se oyen en aquellos pueblos. Entonces supliqué á la tia Matea que me hiciese el favor de traerme agua para lavarme, y la buena mujer mirándome de hito en hito, se quedó como asombrada de lo que acababa de oír.

— Vamos, dije; haga Vd. el favor de traerme agua para lavarme.

— Pero, señor, contestó sencillamente la tia Matea, ¿no se lavó Vd. ayer?

Por esta respuesta conocerán Vds. la falta de aseo á que aludí ántes, y por el artículo que insertaré en el número inmediato haré ver que, á pesar de todo, no deja uno de pasar muy agradables ratos entre los pobres aldeanos de Simancas.

J. M. VILLER GAS.

Historia de la semana.

Paris se transforma de dia en dia de una manera prodigiosa. Allí donde hace una semana existia una callejuela oscura y tortuosa, se despliega al aire libre y al sol una plaza redonda ó cuadrada de la que se hallan apoderados ya los arquitectos y albañiles. ¿Cuántas casas han venido á tierra desde hace dos años! Sin duda muchas de ellas lo merecian, ¡pero cuántas otras por el simple delito de hallarse al paso de una nueva calle han desaparecido tambien en la flor de su juventud y lozanía!

Pero con unas y otras han desaparecido al mismo tiempo muchos recuerdos íntimos. El techo que nos da abrigo largos años, se vuelve para nosotros como una segunda patria; nadie rompe sin lágrimas en un dia los hábitos contraindidos en mucho tiempo. Además, tambien los recuerdos históricos se destruyen en este cataclismo de demoliciones; Paris ha visto estos dias con tristeza los escombros de un antiguo edificio, llamado el Temple, que figura en los anales de la capital como un monumento célebre. Fundado por los templarios en el siglo XII, llegó á ser en el siguiente una morada regia, tanto que el rey de Inglaterra Enrique III, cuando atravesó la Francia, prefirió el Temple al palacio real de la Cité, que puso á su disposición el rey San Luis. Felipe el Hermoso fué, como su abuelo y su padre, favorable en un principio á los templarios, pero después acabó con ellos, y sus bienes pasaron mas tarde á los caballeros de Malta. En tiempo de la regencia del duque de Orleans, el Temple fué el centro de una sociedad literaria, que rivalizó con la del Palacio Real; Voltaire fué presentado á la reunion en su juventud, y algunos años después el príncipe de Conti dió asilo en el edificio á J. J. Rousseau contra las persecuciones de la corte.

Cuando se suprimió el orden de Malta en tiempo de la revolución, se declararon propiedad nacional todos sus bienes. El Temple permaneció algún tiempo sin destino fijo, hasta que el 10 de agosto de 1792 la Asamblea constituyente llevó á él á Luis XVI con toda su familia, encerrándolos en el torreón donde antiguamente guardaban los reyes de Francia sus tesoros. Luis XVI, María Antonieta y madama Elisabeth no salieron de allí sino para el cadalso; el hijo de Luis XVI murió en el Temple, y solo salió viva la joven princesa, que fué cangeara contra los representantes del pueblo entregados por Dumourier á los austriacos. En tiempo del Directorio y del Consulado, el torreón del Temple sirvió de cárcel, y en él entraron sucesivamente una porción de realistas, los conspiradores del campo de Grenelle, el almirante inglés Sidney Smith, que logró escaparse al cabo de dos años; Toussaint-Louverture, que salió para morir en el fuerte de Joux; los deportados del 18 fructidor; los hermanos Polignac y Pichegru, que se ahorcó allí, y el capitán inglés Wright, que también se suicidó. El Temple sirvió de cuartel en 1814, y dos años después Luis XVIII regaló el edificio para que se fundara en él una comunidad de monjas que fueron expulsadas en la revolución de febrero.

El lector nos perdonará que nos hayamos detenido un poco en este monumento, pero el polvo que ha levantado al desplegarse nos ha traído á la memoria tantos recuerdos, que no hemos podido resistir á la tentación de consignar aquí algunos de los que mas se destacan en el fondo de su sombría historia. Los monumentos, lo mismo que los hombres, diríase que se ven mejor cuando se sumergen en la nada.

Pero la consecuencia inmediata y natural de tantas y tantas demoliciones, es que los habitantes de París andan á la hora esta sin saber donde alojarse; la tropa es mucha y pocos los cuarteles. Entre las varias anécdotas y aventuras que circulan sobre cuartos y mudanzas, hemos elegido la siguiente:

Un autor célebre y un director de teatro tuvieron una disputa hace ya tiempo, de la cual resultó una enemistad que dura todavía, á despecho de las relaciones de negocios que subsisten aun entre los dos, en virtud de antiguos compromisos, cosa sumamente comun en este país donde todo es comercio; no se hablan ni se ven, ni aun políticamente, y si el autor ligado como hemos dicho por sus tratados, escribe un drama para el teatro de su enemigo, ni aun se digna presentarse en los ensayos.

En este estado de cosas, sucedió últimamente que el autor teniendo que cambiar de domicilio por la razón de que echaban su casa abajo, fué á visitar un aposento que estaba de alquiler en la misma casa donde habita el susodicho director.

El cuarto le convenia bajo todos conceptos; únicamente el precio le parecia algo elevado, y pidió al casero una rebaja; la vecindad le importaba muy poco, y ya habia tomado su partido para zanjar este inconveniente; pero el director se hallaba muy lejos de mirar el asunto con la misma calma.

En cuanto supo que su enemigo el autor iba á ser su vecino, se irritó hasta el último extremo.

— ¡Cómo! decía para sí encendido en ira; ¿con qué va á venir á esta casa! ¡Le tendré aquí; le encontraré en las escaleras; sabrá lo que pasa en mi interior, quien entra y quien sale; sufrirá el ruido que quiera hacer sobre mi cabeza! Cuando viene á instalarse aquí, sus proyectos tiene; él es un hombre que nunca hace nada sin motivo, es interesado como él solo. Afortunadamente, la palabra no está dada todavía, de modo que tengo tiempo para impedir que no venga arriba tal vecino.

En efecto, el director encarga á un amigo suyo que vaya á ver al casero, y que se quede con el cuarto á cualquier precio.

— No es posible, responde el casero á las primeras proposiciones del agente de negocios; ya estoy en tratos con uno de nuestros autores dramáticos mas distinguidos.

— ¿Y si yo ofreciera mas de lo que da ese famoso dramaturgo?

— Entonces veríamos de arreglarnos.

— Pues no hay mas que hablar, el cuarto queda por mi cuenta.

Dicho y hecho; pagando un ligero aumento sobre el precio que el mismo casero habia fijado, el agente de negocios triunfó del escritor distinguido.

Cuando este se presentó de nuevo á arreglar la cuestión pendiente sobre los alquileres, le dijeron que el cuarto estaba alquilado ya, y no tuvo mas remedio que seguir buscando por otra parte.

El director rebotaba de júbilo al ver que habia hallado un medio tan sencillo para vivir lejos de su enemigo; y el mismo agente de negocios subarrendó el cuarto aunque en trescientos francos menos, lo que era muy natural, pues justamente esa misma era la suma aumentada sobre el valor real de los alquileres. La escritura se extendió en toda regla, y se firmó por unos cuantos años.

El sacrificio habia sido indispensable, y eso y mucho mas valia el haberse libertado el director del terrible vecino que le amenazaba.

Hace dos dias el nuevo inquilino tomó posesion de la casa, y el director curioso de conocer al recién venido, sale de su cuarto, asoma la cabeza por la escalera, y lanza un grito de sorpresa, de desesperacion y de espanto.

El inquilino estaba allí con una hermosa bata y un gorrito griego á la cabeza, presidiendo al transporte y á la colocacion de sus muebles; ¡pero este inquilino era el enemigo, el autor dramático!

Tan diestro y suspicaz en los actos de su vida privada como en sus concepciones para el teatro, el autor habia descubierto la intriga puesta en juego para cerrarle la puerta de la habitacion que deseaba, y combatiendo la astucia con armas iguales, puso también en campaña á un tercero en cuyo nombre se extendió la escritura, para ser traspasada despues al legítimo inquilino.

De este modo el pobre director no solo tiene sobre su cabeza al pícaro vecino, sino que está le cuesta aun la suma de trescientos francos anuales.

Pero el acontecimiento mas ruidoso de la semana ha sido producido por varias cartas que el famoso escritor Alejandro Dumas ha enviado á M. Arsène Houssaye, director del Teatro Francés.

He aquí el motivo de esta correspondencia:

Los periódicos belgas anunciaron últimamente que M. Alejandro Dumas habia dado una fiesta en su casa á la que habian asistido las notabilidades del vecino reino y algunos extranjeros, como verbigracia nuestra compatriota la Petra Cámara, de quien el famoso novelista francés dice lo siguiente:

« La Petra Cámara es una de mis antiguas y excelentes amigas, una de tantas entre la multitud de antiguas amigas de veintidos años que conozco hace un lustro. Este tiempo hace justamente que conocí á la Petra; tenia entonces diez y siete años. Era el colibrí mas adorable que podia haber desde Ceylan á Cachemira, el pájaro del Paraíso mas encantador que podia encontrarse desde Bombay á Chandernagor. Ved sus ojos, ved sus piés, admirad su cuerpo, y cuando hayais visto todo esto, dudad como Santo Tomás, y sobre todo procurad tocarlo.

» Pero desgraciadamente la Petra es impalpable. Ella me ha inspirado una loca pasión por el baile, que los bailettes de la Ópera jamás me hicieron sospechar siquiera. Los bailes españoles son poemas completos, ejecutados no solamente con las piernas, sino con los ojos, con los brazos, con los labios, con las manos, con los piés, con todo el cuerpo. Conoci en Sevilla á tres criaturas, que yo llamaria tres ángeles, si por lo lindas no me hubieran parecido tres demonios capaces de dar al traste con toda la austeridad de san Antonio Abad. Estas fueron Petra, Anita y Carmen. Jamás trinidad alguna tuvo tan fervientes adoradores. Sus ojos y sus piés eran como nunca los he visto en parte alguna. Todas las comparaciones que puedo hacer son pálidas y descoloridas. Al lado de estos ojos, las estrellas parecen oscuras, los brillantes pálidos, los diamantes opacos. De los piés de las andaluzas solo diré que no los hay iguales en el mundo.

» El baile español es arrebatador, y Petra raya en lo maravilloso. El *Ole* sobre todo no es un baile, ni Petra una bailarina como aquí las comprendemos. Yo no conozco nada mas triste que nuestras bailarinas francesas, que se mueven con visible fatiga, no obstante la eterna sonrisa, prendida como con alfileres en los dos ángulos de su boca. Estas no danzan sino con las piernas, y alguna vez por casualidad con los brazos; pero en España es muy diferente, el baile es un placer por el baile mismo. Las bailarinas españolas bailan con todo el cuerpo; la cabeza, los ojos, el cuello, el pecho, los brazos, las caderas, todo acompaña y completa el movimiento de las piernas.

» La bailarina española piafa, bate los piés, relincha como un caballo ardoroso, brama como un tigre, ruge como una leona. Se aproxima al hombre, se aleja, vuelve á aproximarse, le comunica ese fluido magnético que arroja á torrentes de su cuerpo, enardecido por la pasión.

» Los bailarines, á su vez, participan de la fiebre del baile, la comparten con ellas, tiemblan, se estremecen, rugen y hacen partícipes de su fuego á los espectadores, que á su vez les comunican esos gritos, esos bravos y esos aplausos que les embriagan y esa llama que los quema.

Todo esto y mucho mas vió Alejandro Dumas en nuestra bailarina, que participó también de los honores de sentarse á su mesa en aquel festin espléndido, al lado de esa corte de artistas que rodean siempre al autor de los *Tres Mosqueteros*. Pero nosotros íbamos á otra cosa; Alejandro Dumas, con esa fecundidad de imaginación que caracteriza á este escritor de primera fuerza, se retiró á su gabinete despues del suntuoso festin á escribir el cuarto acto de una comedia, cuya lectura se esperaba en el Teatro Francés á los dos dias. En efecto, M. Dumas acabó su obra, y á la hora señalada se presentó con el manuscrito en el bolsillo. La comedia, que tenia por título *La Juventud de Luis XIV*, fué aprobada por el comité, pero desgraciadamente no lo fué despues por la censura.

Aquí entra ahora la correspondencia:

« Al señor Director del Teatro Francés.

» Acabo de llegar de Bruselas, despues de haber leído que *la Juventud de Luis XIV* se ha prohibido por la censura.

» Hoy es martes; el lunes próximo me hará Vd. el favor de reunir el comité, pues ese dia me presentaré á leer otra comedia en cinco actos.

» No sé lo que será esta nueva obra, pues la noticia me ha cogido desprevenido; pero estos cinco actos se llamarán *la Juventud de Luis XV*.

» Trataré de aprovechar las decoraciones que estaban ya encargadas para la otra.

» Inútil es decir que no habrá en *la Juventud de Luis XV* una sola palabra ni situación de *la Juventud de Luis XIV*, que podrá Vd. conservar intacta, por si un dia la censura quiere permitir que se represente.

» Le avisaré á Vd. si acabo antes del lunes.

» De Vd., etc.

» ALEJANDRO DUMAS. »

« Martes 11 de setiembre á las 3.

» Si Vd. se mueve un poco, la pieza podrá representarse dentro de tres semanas.

El viernes siguiente por la noche, este mismo Alejandro Dumas escribia este otro billete á M. Arsène Houssaye:

« Como lo habia previsto, acabaré antes del lunes; de modo que mañana sábado podremos leer *la Juventud de Luis XV*.

» ALEJANDRO DUMAS. »

En efecto *la Juventud de Luis XV* fué leída y aprobada por el comité del Teatro Francés el último sábado. Prodigio sobre prodigio, ¡el hombre que habia escrito en cuarenta y ocho horas dos actos, acaba de dar á luz una comedia entera en tres dias! Y la pieza será buena, porque de otro modo el autor no pregonaria que la habia hecho en tales condiciones. El público así lo espera, y nosotros lo esperamos lo mismo, pues la fuerza

del talento de Alejandro Dumas reside en la improvisacion, en una espontaneidad sin limites.

Hace mucho tiempo ya le oimos una expresion, que quizás parecerá jactancia, pero que conociendo al hombre, puede decirse que es sincera.

Tratábase de su famoso drama *la Tour de Nesle*, intitulado en español *Margarita de Borgoña*; el autor contaba que el director del teatro de la Puerta de San Martin no le habia dado mas que diez dias para hacerle:

— No sé lo que habria salido si hubiera tenido mas tiempo á mi disposicion; pero solo tuve diez dias, y en ellos escribí una obra maestra.

Si cuanto ménos tiempo tiene Alejandro Dumas mejor escribe, *la Juventud de Luis XV* debe ser muy superior á *Margarita de Borgoña*.

MARIANO URRABIETA.

23 de octubre de 1853.

Viaje en busca de sir John Franklin.

En nuestro periódico hemos hablado de M. Bellot, teniente de la marina francesa, que se habia ofrecido generosamente á participar de los peligros que iba á arrostrar la expedicion inglesa enviada á buscar á sir John Franklin. M. Bellot habia hecho ya un viaje el año pasado, y volvió á partir con la nueva expedicion, acompañado por los votos y el reconocimiento de los compatriotas del perdido navegante. Por desgracia tenemos que anunciar que el intrépido marino ha perecido entre el hielo. El parte del comandante inglés, cuyo análisis vamos á dar, dice que M. Bellot, yendo de una estacion á otra á llevar pliegos y noticias, fué arrojado por un golpe de viento contra unos hielos, y que allí halló la muerte. Dos hombres que iban con él se han salvado milagrosamente, y han vuelto á su buque despues de treinta horas de padecimientos. Todo el mundo se asociará al sentimiento que ha dejado este joven generoso, y al homenaje debido á su memoria.

He aquí el análisis del parte, cuyo interés está en este hecho, que el pasaje del Noroeste, que era el objeto de la empresa que ha costado quizá la vida á Franklin, se ha realizado:

« El Almirantazgo ha recibido pliegos del comandante Mac-Clure, que habia partido en diciembre de 1849 en busca de sir John Franklin á bordo del *Investigator*, y del capitán Kellett, que partió en 1852 con el mismo objeto á bordo del *Resolute*. Ningun vestigio se ha descubierto hasta ahora; solamente el comandante Mac-Clure escribe de la bahía de Mercy (isla de Baring), en abril de 1853, manifestando que ha verificado el pasaje problemático del Noroeste. Ha tenido la fortuna de no perder un solo individuo de la tripulacion, no obstante las enormes dificultades y los peligros de este pasaje y de esta navegacion en medio de los témpanos de hielo, cuya cabeza se elevaba á una altura de seis ó siete piés únicamente, mientras que la parte inferior era de cuarenta y cinco á setenta piés. Se han descubierto habitantes mucho mas al Norte que hasta ahora, en Wallaston y en Victoria-Lands, y al Norte en la tierra llamada Principe-Alberto. Estas poblaciones son dulces y cariñosas. Se ha encontrado mucho cobre en estado puro. Los indigenas se sirven de él para afilar sus armas. Se han sorprendido viendo que los marinos lo recogian como cosa de valor.

» En abril de 1852, el comandante Mac-Clure ha ido en trineos á las islas de Melville, esperando hallar allí uno de los buques del capitán Austin, ó á lo ménos viveres. Solo ha habido un aviso del teniente Mac-Clintock, anunciando el punto donde estaban los viveres y la posición de los buques. El ha inferido que las pesquisas habian sido abandonadas, y que ningun buque habia ido tan lejos. Desde octubre de 1851, la tripulacion del *Investigator* ha sido puesta á dos tercios de racion, y media libra de carne por dia, en un clima en que asegura el comandante que se hubiera comido cada uno cuatro libras. Sobre las alturas que coronan la bahía, se han hallado gamos y otras reses de caza mayor. Esto ha servido mucho. Lo único que se conoce de la correspondencia del capitán Kellett está fechado en la isla de Melville, á 7 de marzo. El capitán dice que ha llegado allí el comandante Mac-Clure, que todos estaban buenos, aunque los hombres padecian mucha hambre. El comandante Mac-Clure anuncia que habia destacado algunos de sus hombres para que volvieran por la bahía de Baffin, y que habia enviado un destacamento por Makenzie.

Cartas sobre la Escocia.

II.

Mi última carta les dejó á ustedes en Holyrood abismados en reflexiones filosóficas sobre las vicisitudes de las cosas de este mundo. Para alejar esas ideas desconsoladoras voy á conducirles hoy por un camino alegre y en una hermosa mañana de otoño á la cumbre de *Arthur-Seal*. Al pié de esta montaña se ven las ruinas de la capilla de San Antonio sobre una colina de rocas que presenta un contraste á la vez variado y severo, perci-

biéndose á cierta distancia la ciudad de Edimburgo bajo su punto de vista mas pintoresco. Cerca de dichas ruinas pasa un arroyuelo cuya agua es célebre en toda la Escocia por su cristalina pureza y porque dice la tradicion que tenia en otro tiempo la virtud de curar algunas enfermedades.

Subamos á la cumbre de la montaña, sitio árido en medio de rocas basálticas que se elevan á 822 piés sobre el nivel del mar.

¡Qué horizonte tan inmenso! ¡Qué espléndido panorama! A nuestros piés está Edimburgo construida como Roma sobre colinas. A la derecha Calton-Hill con su templo griego y su columna levantada en honor del célebre Nelson; mas abajo la tumba del poeta Burns, el Beranger de los escoceses, mas léjos la ciudad nueva



Escocia. — Inverness.

de los defensores de la monarquía escocesa, y hoy pacífica morada de millones de aves marítimas conocidas en el país por el nombre de Solan-Geese. La especie de estas aves es un palmípedo del tamaño de un ganso que, cosa singular, no se cria en ninguna parte mas que en esta roca donde pone el huevo en el terreno llano, por lo cual se le ha dado el nombre de Solan. Esta ave se come cuando es pequeña, pero su carne es siempre dura y aceitosa.

En frente de esta roca se hallan las ruinas románticas de Tantakan-Castle, nido de águilas puesto sobre la pendiente de un precipicio debajo del cual el mar brama y se agita en encrepadas ondas: mas léjos, sobre la costa, está el sombrío y solitario castillo de Dunbar, y en el interior del país las



Escocia. — Cascada de Foyers.

nombre italiano de Porto-Bello, y en el horizonte la magnífica línea del mar del Norte. En el golfo, las islas de rocas ceñidas por la blanca espuma de las olas y el surco que dejan así en el agua como en el cielo los buques de vapor.

Yo no creo que exista una vista mas hermosa que la que presenta Arthur-Seat y comprendo muy bien el entusiasmo del escritor escocés que hace decir á su maestro en las *Prisiones de Edimburgo*:

« Si yo habia de escoger un lugar desde donde pudiera ver salir y ponerse el sol en toda su pompa sublime, seria en ese salvaje sendero que serpentea al rededor de la cintura de rocas semicirculares que tiene el nombre de Arthur-Seat. »

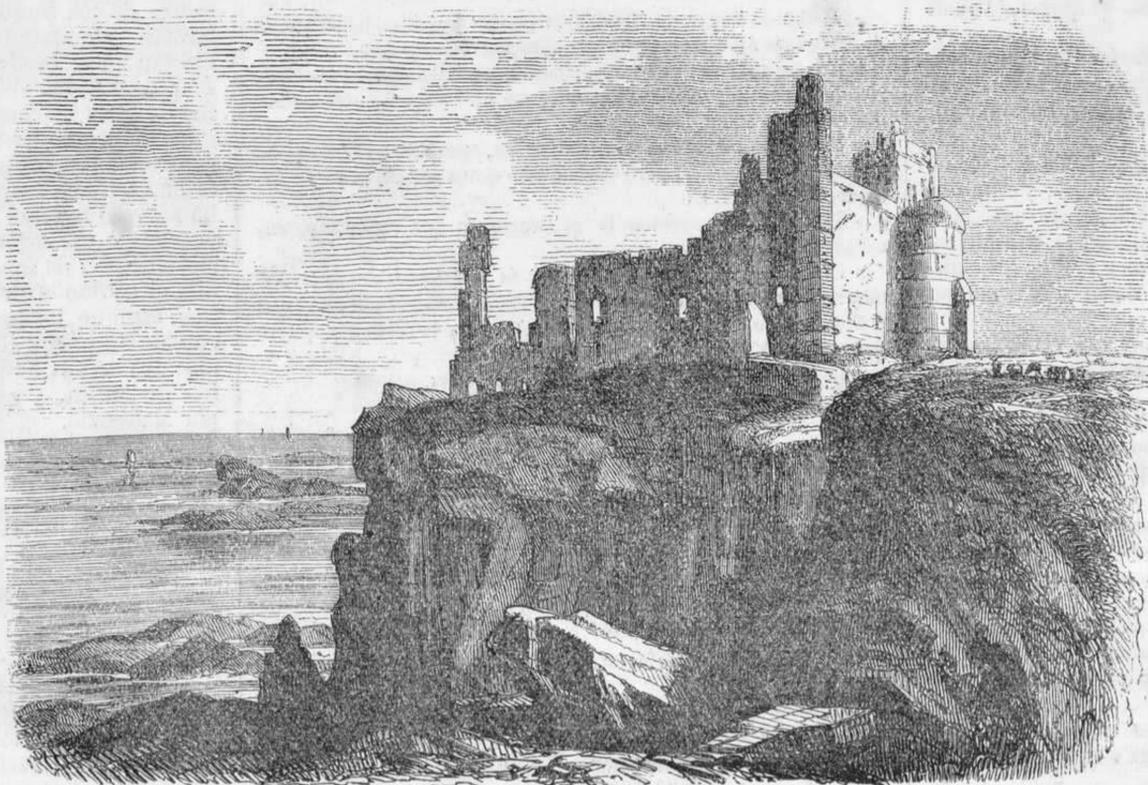
A la entrada de la bahía de Edimburgo y en medio de las olas, se eleva á la altura de 400 piés una roca aislada que llaman la *Bass-Rock*, la cual en tiempos remotos sirvió de asilo al ermitaño San Balfredo, siendo bajo el reinado de Guillermo III el último baluarte



Escocia. — Puente sobre la cascada de Foyers.

que se extiende como un tablero de damas sobre un plano perfecto, un poco mas distante el puerto de Leith con los mástiles de sus navíos y las chimeneas de sus vapores, y New-Haren con sus barcas de pescadores, mas léjos aun la bahía de Muselburgo, el golfo de Forth, el mar cubierto de velas blancas y de islotes. Delante de nosotros, al extremo de la antigua ciudad un monton confuso y extraño de casas semejantes á un juego de ajedrez dibujándose sobre las alturas azuladas del Pentland, que es la vieja ciudadela. Desde aquí, en fin, puede verse el ángulo del castillo que da á *Grass-Market*, y la ventana de la habitacion donde nació Jacobo VI que murió siendo rey de Inglaterra.

Llevemos nuestras miradas á otro lado. El cuadro cambia sin ser ménos grande y majestuoso. Debajo de nosotros un hermoso lago donde se ve reflejar el azul del cielo sobre aquel espejo cercado de un verde tapiz; mas abajo está la ciudad que tiene el dulce



Escocia. — Ruinas del castillo de Tantallon.

ruinas de *Cricton* cuyos muros ofrecen las facetas del diamante. Estas ruinas así como las de *Borthwick* con sus calabozos y otras de que no hago mencion son por decirlo así las preciosas hojas de la historia antigua de Escocia.

Hay una de estas páginas que no quiero echar en olvido porque en uno de sus residuos pueden verse aun estas cifras — 1552 — fecha del nacimiento de la infortunada María Stuart.

Linlithgow, morada favorita en otro tiempo de Jacobo IV y de la reina Margarita, no es ya mas que una ruina tambien que se ostenta sobre un risueño paisaje. Cadáver ennegrecido por el humo que el tiempo conserva como una gloria para la Escocia, y un remordimiento para la Inglaterra.

1542 — 1746 — Fechas de sangre y de fuego.

La primera recuerda la ejecucion de María Stuart....

La segunda el incendio del palacio por el ejército inglés.

Voy á continuar mi carta interrumpida por mi viaje á Inverness. En el paréntesis de esta correspondencia he atravesado un delicioso camino. Trasladémos de un salto al Norte de la Escocia, al susodicho punto de Inverness donde resido hace algunos días.

Inverness es la capital de los *Highlands*, sitio real, puerto de mar y asiento de un presbítero del sínodo de Moray. Si hemos de dar crédito á los escoceses, que sea dicho entre nosotros, son los andaluces de la Gran Bretaña; la fundación de Inverness se remonta á los tiempos de Ivan II, décimocuarto rey de Escocia, sesenta años despues de Jesucristo. Sin embargo, los numerosos restos antiguos, las piedras drúidicas, cimientos cristalizados y una fortaleza romana en Bona, apoyan la creencia de los andaluces ingleses.

La ciudad moderna que tendrá unas diez y siete á diez y ocho mil almas es algo insignificante para el viajero artista que acaba de ver á Edimburgo. Se halla situada á la orilla del mar, en la embocadura del Ness, riachuelo que sale del lago del mismo nombre.

A cinco millas de distancia al Este se encuentra el campo de batalla de *Culloden*, terreno llano y triste, inmenso tapiz cubierto de matorrales amarillentos sobre el cual se decidió la contienda entre las casas de Stuart y de Hanover el 16 de abril de 1746.

Un campo de batalla es también una runia de la cual los huesos humanos son las piedras. Por eso no hay nada más melancólico que el aspecto triste y silencioso de esos lugares nutridos de grandes recuerdos. El día en que yo fuí á ver el campo de *Culloden*, el



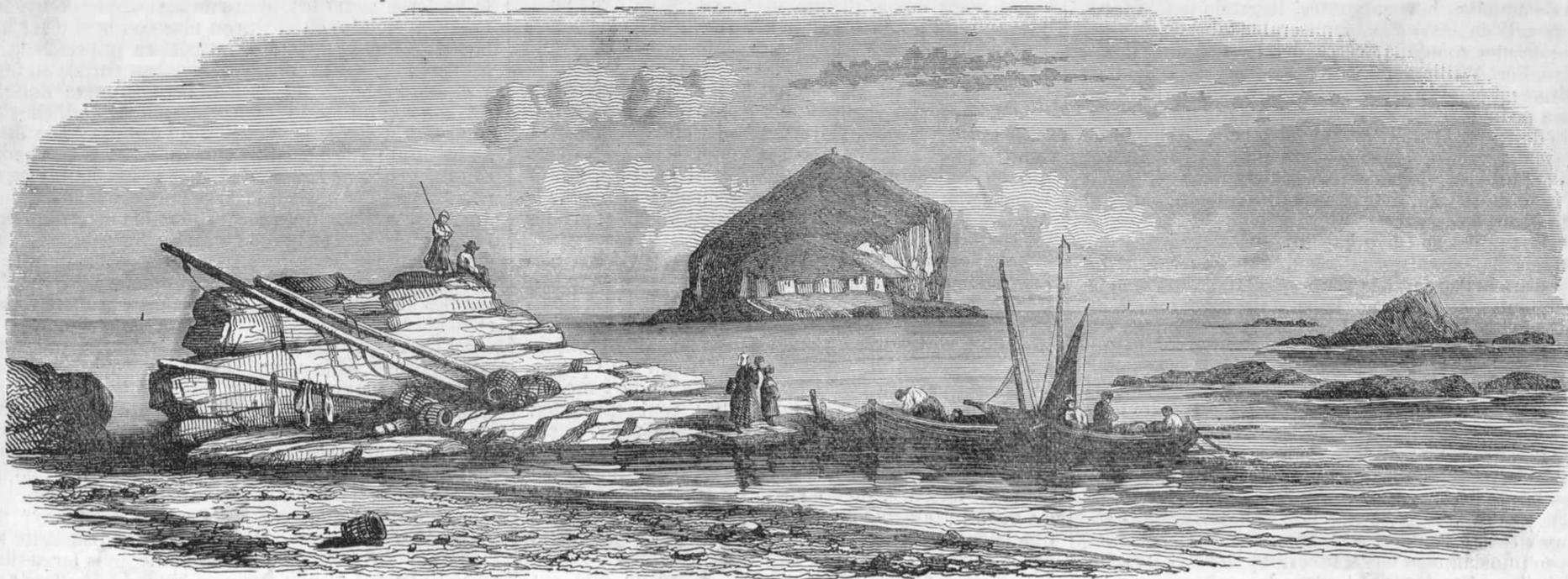
Escocia. — Un escocés tocando la gaita.

mar y ya no se distinguía más que una peara de carneros guiada por un pastor. El día que yo visité los campos donde estuvo Troya encontré también un pastor del monte *Ida* guardando una peara de cabras.

Dejemos estos lugares donde la naturaleza parece complacerse en inspirarnos pensamientos lúgubres; vayamos á ver las cascadas de *Kilmorack* y las orillas encantadas del río *Beauley*. Este es un hermoso sitio que debe su dulce nombre á María Stuart. ¡Qué contraste! Aquí la naturaleza sonríe por todas partes, mil armonías os halagan al oído; el murmullo de las aguas, el gorjeo de los pájaros, y el zumbido de un molino al que se mezclan los cantos de los molineros que con los pies lavan su ropa blanca en las orillas del río.

El torrente se precipita con impetuosidad entre dos murallas de inmensas rocas cubiertas de árboles que se inclinan como para hacer una semibóveda. En un punto llamado *The Dream* (el Sueño) se elevan entre las aguas espumosas varias rocas formando las figuras más caprichosas y fantásticas. Se creería algunas veces que son inmensas esfinges agrupadas sobre el agua ó bien una multitud de monstruos que se recuestan en su orilla. Costeando el río por un camino pintoresco abierto en la roca, donde á cada paso cambia el efecto de aquel mágico panorama sellega á la isla de *Angus* formada por el torrente que se divide en dos brazos rodeándola de espuma. Esta es la residencia de verano que tenía el famoso

Roberto Peel. Apresurémonos, amigos míos, á salir de Inverness porque el tiempo pasa y mi carta se alarga de-



Escocia. — Bass-Rock, vista tomada desde Canty-Bay.

masiado. Encendamos un cigarro y continuemos nuestro viaje con una cartera debajo del brazo y la capa sobre los hombros. El cielo brilla sereno sobre nuestras cabezas y el camino será siempre encantador.

El canal de Caledonia que vamos a costear es una de las obras mas importantes y hermosas de la Gran Bretaña; la via mas frecuentada de Europa y merece por muchos conceptos su celebridad.

Este inmenso camino que une el mar del Norte al canal de Bristol, y que tiene 60 millas de longitud contando los lagos que atraviesa, se empezó en 1803, y se concluyó en 1847. Hay buques de vapor que trasladan diariamente millares de viajeros de Oban a Inverness, y vice versa.

Después de atravesar el *Inverfaragaig*, gruta profunda por cuyo fondo rueda un pequeño torrente, se llega a las famosas cascadas de *Foyers*. El rio de *Foyers* desciende rápidamente de las montañas del interior y pasando un salto de 40 pies en un precipicio formado por rocas perpendiculares que tienen sobre sus cabezas un puente aéreo suspendido a mas de cien pies de elevación. Luego durante una milla el torrente va brincando a través de las peñas y de los árboles, y cubierto de espuma se lanza por una abertura estrecha de una altura de 90 pies, y perdido entre aquellos abismos corre bramando siempre a llevar al *Loch-Ness* el tributo de sus aguas blancas como la leche.

Delante de la cascada hay un promontorio de rocas que permite a los curiosos ver cómodamente el imponente espectáculo de aquella masa de agua a través de la cual dibuja el sol infinitos arcos iris.

Dejando las cascadas de *Foyers* el camino que marcha paralelo al agua se va elevando a una alta montaña y llega a *Fort-Augustus*, ciudad próxima a las esclusas del canal, en cuya travesía se desarrolla un vasto panorama permitiendo ver los vapores que surcan el canal hasta que se pierden detrás de las montañas de los *Highlands*.

Sobre el *Loch-Oich* surgen de entre los árboles que las rodean las hermosas ruinas del castillo de *Invergarry*, antigua residencia de los *Glengarry*, esos hombres tan temibles por su valor, por sus rapiñas y por su hospitalidad, mezcla de vicios y virtudes que en los tiempos semi-bárbaros formaba el carácter de estos temibles montañeses.

Uno de los descendientes de estos hombres fué convidado a un gran banquete dado por el rey Jorge IV durante su permanencia en Escocia. El asistió con su traje de highlander, las tres plumas de águila en la cabeza, etc., entrado en la sala del festin tomó asiento en el sitio mas retirado; el rey le envió a decir que se acercase mas a su real persona, y él contestó al lacayo:

«Id a decir a Su Majestad que el sitio que toma en la mesa un *glengarry* es por esta sola razón el mas honorífico.»

A siete millas de distancia sobre la misma costa del lago se ve un extraño monumento llamado de las diez y siete Cabezas, construido para conservar el recuerdo de un crimen, y del modo de administrar la justicia en los tiempos del feudalismo.

Me acuerdo de que al separarme de este triste y pobre mausoleo experimenté una emoción dulce como un recuerdo de la infancia. El cielo estaba sereno, y de pronto oí el sonido de una gaita que preludiaba un aire de la Gran Bretaña donde yo me crié; un aire que mi madre solía cantar para hacerme dormir. Me detuve un instante conmovido, y mientras escuchaba religiosamente aquel canto, el paisaje que tenía entre los ojos parecía confundirse y que iba a desaparecer. Apresuré el paso, y pronto llegué a una pequeña posada donde unos sencillos aldeanos bailaban al son del instrumento que había despertado en mi alma tan agradables recuerdos. La causa de este baile era una boda de *Highlanders*. Convidáronme con mucha urbanidad a tomar parte en la fiesta, yo me arriesgué a bailar una contradanza escocesa llena de movimiento y de carácter, que se asemeja bastante a las de Inglaterra: bebí un poco de *wisky* a la salud de la novia, y, en una palabra, fraternicé con los bretones de la Caledonia.

Después de haber distribuido mis cigarros, me despedí de aquellas buenas gentes, llegando por la tarde a la posada de *Letter-Finlay*, miserable taberna que está al pie de una montaña, cerca del lago *Lochy*. Luego pasé a *Fort-Williams*, donde permanecí poco tiempo; continué mi camino al día siguiente, y entré en una cabaña a pedir un vaso de leche que me dió un viejo rodeado de tres niños, sin querer tomar el dinero que yo le alargaba, pero aceptó con placer un cigarro. Amigos míos: si ustedes vienen a Escocia alguna vez, hagan provision de tabaco. Este es un talisman para ganar el afecto de los escoceses.

A pocas millas de Oban hay una masa cuadrangular de ruinas llamada *Dunstaffnage*, que sobresale entre una espesa arboleda. Las rocas que la sirven como pedestal están húmedas por la brisa del mar. Este montón de piedras sobre el cual los pescadores tienden sus redes para secarlas, fué algún día castillo real muy célebre por hallarse allí la famosa *pedra de la fortuna*, trono de los reyes de Escocia, especie de símbolo de la independencia caledoniana, que sirve todavía en la abadía de Westminster como de base para coronar a los reyes de Inglaterra. Una antigua tradición decía que el que poseyese la piedra de la fortuna reuniría las dos coronas, y la predicción se cumplió cuando Jacobo IV de Escocia que llegó a ser Jacobo I de Inglaterra, puso sobre sus sienes las diademas de Fingal y de Isabel.

Desde *Dunstaffnage* hasta *Inverrary*, todo el camino es delicioso. Los lagos, el mar, la embocadura del

Clyde, *Greenok*, último bosque de mástiles, y *Dumbarton*, ese gigante de piedra con dos cabezas, todo es variado y magnífico, todo anuncia la proximidad de la gran ciudad industrial y comercial... ¡Qué animación! ¡qué humo! ¡qué ruido! Podemos considerarnos en *Glasgow*... Adios, amigos míos; hasta la primera.

M. B.

Mi primo el mayor Molineux.

HISTORIA AMERICANA, POR NATHANIEL HAWTHORNE.

Después que los reyes de la Gran Bretaña se arrogaron el privilegio de nombrar los gobernadores de las colonias, las medidas de estos gobernadores obtuvieron raras veces la aprobación general y espontánea que habían obtenido las de sus predecesores, bajo el imperio de las antiguas cartas. El pueblo veía con enojo el ejercicio de un poder que no emanaba de él, y manifestaba poca gratitud al gobernador por la benevolencia con que dulcificaba las instrucciones que recibía de Ultramar, aunque se atrajese de tal modo el descontento de la corte. Los anales de la bahía *Massachusetts* nos hacen saber, en efecto, que de seis gobernadores que hubo en el espacio de cuarenta años, desde el abandono de la antigua carta bajo Jacobo II, dos fueron encarcelados por la insurrección popular; el tercero, según dice *Hutchinson*, fué arrojado de la provincia por el silbido de una bala de mosquete; el cuarto, según el mismo historiador, vió acortados sus días por las continuas escaramuzas que tenía con la cámara de los representantes, y los otros dos y sus sucesores hasta la revolución solo gozaron de breves y raros intervalos de apacible autoridad. Los empleados subalternos no tuvieron una vida mas apacible en los tiempos de efervescencia política. Estas observaciones pueden servir de prefacio a la historia siguiente, acaecida hace cerca de un siglo, en una hermosa noche de verano; y el lector, para evitar mas largos preliminares, nos dispensará que no entremos en el detalle de las circunstancias que habían irritado el espíritu del pueblo.

Eran cerca de las nueve de la noche, y la luna asomaba por el horizonte, cuando un barco atravesó el brazo de mar con un solo viajero, que pudo lograr que lo pasaran a aquella hora desusada, gracias a la promesa de una buena gratificación. En tanto que, una vez en el desembarcadero, buscaba en sus bolsillos los medios de cumplir lo ofrecido, el barquero levantó un farol, cuya luz, unida a la de la luna, le permitió examinar atentamente al extranjero. Este era un joven de unos diez y ocho años, evidentemente educado en el campo, y que venia por la primera vez a Boston. Tenía una casaca gris de paño ordinario, usada, pero en buen estado de reparación; sus calzones de piel se pegaban a miembros bien formados, que debían prestarle buen servicio en la carrera; sus medias de algodón azul eran sin disputa trabajo de una madre o de una hermana; y el tricorneo que cubría su cabeza había quizá abrigado en mejores días la frente de su padre. Bajo su brazo tenía un pesado baston de encina que conservaba una parte de su raíz endurecida al fuego. Por fin, un saco, no sobradamente provisto para abrumar los vigorosos hombros de que pendía, completaba su equipo. Cabellos oscuros y rizados, facciones agradables, ojos alegres y brillantes eran los dones de la naturaleza, y aventajaban a cuanto hubiera podido hacer el arte para embellecerlo.

Este joven, llamado Robin, sacó por fin del bolsillo un billete de dos chelines y medio, que vista la depreciación de este papel provincial, no satisfizo al batelero hasta que añadió un pedazo exágono de pergamino, estimado en tres peniques. Entró en seguida en la ciudad con paso tan ligero, como si no hubiera hecho aquel día treinta millas, y con ojo tan curioso como si debiera ver la ciudad de Londres en lugar de la humilde metrópoli de una colonia de la Nueva Inglaterra. Pero antes de que Robin anduviese mucho, le ocurrió que no sabía hacia donde dirigir sus pasos; se detuvo, pues, y examinó a los dos lados de la estrecha calle las pobres y pequeñas construcciones que sembradas aquí y allá la guarnecían.

—Esta mala barraca no puede ser el alojamiento de mi primo, pensó él, ni tampoco aquella casa vieja que baña la luna por sus vidrios rotos; y en verdad que no veo por aquí ninguna que sea digna de él. Yo hubiera obrado discretamente preguntando al batelero, y probablemente él me hubiera acompañado; el mayor le hubiera dado un cheling por su trabajo. Pero el primer transeunte me prestará este servicio.

Robin emprendió de nuevo la marcha, y vió con placer que la calle se ensanchaba y que las casas tomaban un aspecto mas decente. No tardó en descubrir un hombre que caminaba lentamente delante de él, y alargó el paso para alcanzarlo. Cuando estuvo bastante próximo a él, vió que era un hombre de edad, con gran peluca cenicienta, casaca negra de faldones anchos, y medias de seda sujetas encima de las rodillas. Tenía un baston largo y pulimentado que hincaba a cada paso, y lanzaba a intervalos regulares dos *hem!* consecutivos, con tono solemne y sepulcral. Después de haber hecho estas observaciones, Robin cogió un faldon de la casaca del viejo justamente en el momento en que la luz de una barbería saliendo por las ventanas y la puerta, se proyectaba en el rostro de ambos.

— Buenas noches tenga Vd., caballero, le dijo sin

soltar el faldon. Ruego a vuestra merced se sirva decirme donde habita mi primo el mayor Molineux.

Esta pregunta fué hecha en voz alta. Uno de los barberos, cuya navaja acariciaba una barba bien jabonada, y otro que peinaba una peluca a la *Ramillies*, dejaron sus ocupaciones respectivas, y se acercaron al umbral. Entretanto, el ciudadano volvía hacia Robin su prolongada y flaca figura, y le respondía con un tono lleno de disgusto y coraje. Pero sus dos *hem!* funebres estallaron en medio de su ira con un efecto muy singular. Hubiérase dicho que un frío pensamiento de la tumba penetraba en medio de las pasiones irritadas.

Suelto Vd. mi casaca, ¡caramba! dígame a Vd. que no conozco al hombre de quien Vd. me habla. ¡Eh! yo tengo autoridad, yo... yo tengo... ¡hem, hem!... autoridad; y si es ese el respeto que guarda Vd. a sus superiores, sus piés de Vd. van a contraer parentesco con el cepo mañana al amanecer.

Robin soltó el faldon y se alejó a toda priesa, perseguido por las carcajadas que salieron de la barbería. Desde luego le causó sorpresa el resultado de su pregunta; pero como era un joven sagaz, creyó muy pronto que podía explicarse el motivo de tal misterio.

— Este es algun representante campesino, dijo él, que jamás ha visto el interior de la casa de mi primo, y que no tiene bastante educacion para responder cortesmente a un desconocido. Es un viejo, sin lo cual ciertamente... hubiera tenido tentaciones de darle un puñetazo en las narices. ¡Ah, Robin, Robin! hasta los aprendices de barbero se burlan de Vd. por haber escogido semejante guia. Con el tiempo será Vd. mas discreto, amigo Robin.

En este punto se perdía en un laberinto de calles tortuosas y estrechas, no distantes de la orilla del agua. El olor de la brea llegaba hasta él; los mástiles de los navíos descollaban por encima de los tejados al resplandor de la luna, y los numerosos anuncios que Robin se paraba a leer, le probaban que se hallaba en el centro de los negocios. Pero las calles estaban desiertas, las tiendas cerradas, y solo se veía luz en los pisos segundos de algunas casas. En fin, en la esquina de una callejuela que él revolvia, apercibió la larga figura de un héroe inglés que se mecía sobre la puerta de una hostería, de la que salían voces de numerosos huéspedes. Una ventana del piso bajo estaba abierta, y una cortina trasparente permitió a Robin distinguir una mesa bien guarnecida rodeada de muchos comensales. El perfume de los manjares trascendía hasta la calle, y el joven no pudo prescindir de recordar que el último resto de las provisiones de viaje había sido entregado al apetito de la mañana, y que el mediodía lo había encontrado y dejado sin comer.

— ¡Ah, si un pergamino de tres peniques me diera derecho para sentarme a esa mesa! dijo Robin suspirando. Pero el mayor hará que me sirvan lo mas exquisito. Entremos resueltamente, y preguntemos por nuestro camino.

Pasó el umbral. Un murmullo de voz y el olor del cigarro le sirvieron para dar con el comedor. Era una pieza grande, cubierta de madera de encina, ennegrecida por el humo continuo; el suelo tenía una capa espesa de arena que no había bastado para preservarla de manchas. Una numerosa sociedad, compuesta la mayor parte de marineros, ocupaba los bancos de madera o las sillas de cuero. Conversaban por lo comun en particular; pero de vez en cuando prestaban su atención a algun asunto de interés general. Tres o cuatro grupos agotaban otras tantas poncheras, bebida que el comercio de las Indias había introducido mucho tiempo hacia en la colonia. Otros, que tenían trazas de vivir de un trabajo fatigoso y regular, preferían beber solos, y contraían así hábitos mas taciturnos. En una palabra, casi todos revelaban su predilección por lo bueno, bajo una de sus diversas formas; porque es un vicio antiguo entre nosotros, y que hemos heredado, según lo comprueban los sermones para ayunar de hace un siglo.

Los únicos individuos hacia los cuales sintió simpatía Robin, eran dos o tres campesinos que se servían de la hostería como los turcos de la hospedería de las carabanas. Metidos en el rincón mas sombrío de la habitación, é indiferentes a la atmósfera impregnada con los perfumes de la nicotina, cenaban pan de su horno y cecina hecha en su cocina. Pero aunque Robin se sintiese con un afecto casi fraternal con aquellos desconocidos, llamóle la atención un hombre que estaba en pie junto a la puerta, y que conversaba en voz baja con un grupo de camaradas mal vestidos. Sus facciones, una a una consideradas, se aproximaban al género grotesco, y el conjunto de su fisonomía dejaba una profunda impresion en la memoria. Su frente sobresalía en dos prominencias separadas por un hueco profundo; su nariz ofrecía una curva pronunciada é irregular; sus ojos brillaban bajo cejas pobladas y revueltas, como el fuego en una caverna.

En tanto que Robin deliberaba a quien preguntar por su primo, se le acercó el posadero, hombrecillo con su delantal blanco ya sucio, que se dirigía a hacer al recién venido el recibimiento de su profesion. Nieto de un protestante francés, había heredado la urbanidad que distingue a este pueblo; pero en ninguna otra ocasión se le había oído el tono penetrante de voz de que se sirvió para hablar a Robin.

— ¿Presumo que venís del campo, caballero? dijo haciendo una cortesía. Permitidme que os felicite por vuestra bienvenida; creo que permaneceréis largo tiempo aquí. Boston es una hermosa ciudad, caballero; po-

seemos hermosos edificios, y muchas cosas capaces de interesar á un forastero. ¿Tendréis la bondad de disponer lo que quereis cenar?

— ¡Este hombre ha descubierto el aire de familia!; el pícaro ha conocido que soy pariente del mayor! pensó Robin, que no había sido jamás tratado con tan excesiva cortesía.

En aquel momento todas las miradas estaban clavadas en el campesino que estaba en pié junto á la puerta, con su tricorne rapado, su casaca cenicienta, su calzon de cuero y sus medias azules, el conjunto apoyado en su palo de encina, y llevando su saco á la espalda.

Robin respondió á los cumplimientos del posadero con el aire de confianza que convenia al pariente del mayor.

— Buen hombre, dijo, yo me complaceré en favorecer vuestra casa, despues que (y aquí no pudo ménos de bajar la voz) tenga en mi bolsillo algo mas que un pergamino de tres peniques. En este momento, continuó volviendo á alzar la voz, todo lo que me se ofrece es preguntar donde vive mi primo el mayor Molineux.

De repente se notó un movimiento general en la sala, y Robin creyó reconocer empeño de todos en querer acompañarlo. Pero el posadero volvió la vista á la pared, donde había un papel que leyó ó pareció leer, examinando de vez en cuando la figura del jóven.

— ¿Qué es eso? dijo él escanciando su frase, palabra por palabra. « Ha abandonado la casa del que suscribe, » un criado que se llama Hezekiah Mudge. Llevaba al » partir una casaca cenicienta, un calzon de cuero, y » el nº 3 de los sombreros de su amo. Una libra (cinco » duros) de recompensa al que lo deposite en una de » las cárceles de la provincia. » Mejor haréis en desfilas, hijo mio, mejor haréis en desfilas.

Robin había comenzado á dirigir la mano al extremo mas delgado de su garrote, pero un aspecto de singular hostilidad que descubrió en todos los circunstantes, le hizo abandonar el proyecto de romperle la cabeza al buen posadero. Al dar la vuelta para dejar la sala, observó la mirada burlesca del atrevido individuo que había visto ántes, y aun no había salido del umbral, cuando oyó una carcajada general, dominada por la voz del posadero, semejante al ruido de piedrecillas que caen en una caldera.

— ¿No es bien extraño, pensó Robin con su sagacidad habitual, no es bien extraño que la declaracion de tener vacía la bolsa paralice el efecto del nombre de mi primo el mayor Molineux? ¡Oh, si pillara yo á alguno de esos bribones en el bosque donde he crecido junto á mi garrote, yo les haria conocer si mi brazo era tan pesado como es ligera mi bolsá!

Despues de revolver la esquina de la callejuela, Robin se halló en una calle espaciosa, guarnecida á uno y otro lado por una linea no interrumpida de casas elevadas, y terminada por un edificio con torre, cuyo reloj daba las nueve en aquel momento.

A la claridad de la luna y el de las luces que ardian en las numerosas tiendas, apercibió muchos paseantes, y esperó ver entre ellos á su pariente. Los resultados de sus primeras preguntas lo retraian de aventurar otras en un sitio tan frecuentado, y resolvió montar la calle lenta y silenciosamente, acercándose á todo caballero de cierta edad, confiando en distinguir las facciones del mayor. Muchas y muy alegres figuras encontró. Vestidos de colores vivos, adornados de bordaduras, enormes pelucas, sombreros galoneados de oro y espadas con empuñadura de plata, pasaron ante él y deslumbraron sus ojos. Jóvenes que habían viajado y que imitaban á los elegantes de Europa, marchaban graciosamente con un paso que llevaba el compás de la música de moda que iban cantando. El pobre Robin se avergonzaba al contemplarlos de su paso tranquilo y natural. En fin, despues de muchas paradas hechas para examinar los pomposos mostradores de las tiendas, y despues de haber recibido algunas reprimendas por la impertinencia con que examinaba á las gentes, el primo del mayor llegó junto al edificio del campanario, sin haber sido mas feliz en sus investigaciones que lo que lo había sido con sus preguntas. Pero como hasta entonces no había recorrido mas que un lado de esta calle ancha tan frecuentada, Robin pasó al opuesto, y continuó su pesquisa recorriendo la acera de enfrente, con mas esperanza si no con mas fortuna que el filósofo que buscaba el hombre honrado. Había llegado al centro de la calle, cuando sintió acercarse á alguno que á cada paso hacia resonar su baston en las piedras, y que lanzaba á intervalos periódicos un ¡hem! ¡hem! sepulcral.

— ¡Misericordia! dijo Robin, reconociendo al punto aquel ruido.

Y volviendo una esquina que se hallaba á su derecha, se alejó con priesa para continuar sus averiguaciones en alguna otra parte de la ciudad. Su paciencia comenzaba á cansarse, y se sentia mas fatigado de sus paseos despues de haber atravesado la bahía, que de su viaje de muchos dias ántes de llegar á ella. El hambre lo atormentaba mucho, y comenzaba á dudar si no valdria mas preguntar violentamente, y con el palo enarbolado, al primer transeunte que encontrara. Mientras tomaba consistencia esta resolucio, entró en una calle bastante pobre, cuyas casuchas irregulares conducian al puerto. En toda su longitud, la claridad de la luna no iluminaba á ningun pasajero; pero la tercera casa, por donde pasó Robin tenia entreabierta la puerta, y su mirada penetrante descubrió en lo interior un vestido de mujer.

— Tal vez sea mas dichoso aquí, se dijo el asendereado viandante.

Acercóse á la puerta, y la vió entonces cerrarse un poco mas. Pero aun quedaba bastante espacio para permitir á la mujer el observar al extranjero sin que pudiera ella ser vista de él. Todo lo que Robin pudo distinguir fué una banda encarnada y el brillo de un ojo que le produjo el efecto de un rayo de la luna sobre un objeto brillante.

— Mi buena y preciosa dama, porque así puedo llamarla con toda verdad, pensó el sagaz jóven, puesto que no sé nada en contrario, mi buena y preciosa señora, ¿tendriais la bondad de indicarme por donde debo buscar la habitacion de mi primo el mayor Molineux?

La voz de Robin era lastimera y seductora, y la dama, no viendo razon para ocultarse del bello jóven, abrió la puerta y se adelantó hácia la claridad de la luna. Era una agradable personita, con el cuello blanco, los brazos torneados, el talle esbelto, al extremo del cual, su guardapiés encarnado, y hueco, la asemejaba á una muñeca puesta sobre un globo. Además su figura era ovalada y bonita; sus negros cabellos sobresalian de su cofia, y sus ojos centelleaban con una malignidad y un atrevimiento que triunfaron de los de Robin.

— El mayor Molineux vive aquí, respondió esta mujer bonita.

Su voz, la mas dulce que Robin había oido aquella noche, parecia el melódico contraste de un riachuelo de plata líquida, y sin embargo, Robin no podia ménos de dudar de la veracidad de las palabras de aquella dulce voz. Miró á derecha y á izquierda por la humilde calle, y despues examinó la casa que tenia delante. Era un edificio pequeño y sombrío, cuyo piso único volaba sobre el bajo, que tenia el aspecto de una tienda de poco mas ó ménos.

— En ese caso, soy muy feliz, replicó Robin con finura, y mi primo el mayor lo es tambien teniendo tan graciosa casera. Pero ruegos que le digais que salga á la puerta, porque deseo entregarle un recado de uno de sus parientes del campo para volverme á la fonda.

— El mayor se ha acostado una hora hace, dijo la dama del guardapiés encarnado, y sería inútil incomodarlo esta noche, porque ha bebido ántes de irse á la cama. Pero tiene tan buen corazon que no me perdonaria jamás el haber dejado marchar á un primo. Sois el retrato perfecto del buen señor, y yo juraria que el sombrero que llevais es el que se ponía él en los dias de lluvia. Tambien tiene calzones de piel idénticos al vuestro. Pero entrad, y sed bienvenido, os lo ruego, y os lo digó en su nombre.

A estas palabras, la amable y hospitalaria dama cogió de la mano á nuestro héroe. Ella la oprimia apenas; toda su fuerza consistia en la dulzura; y aunque Robin leyese en sus ojos lo que no podemos oír en sus palabras, no obstante la dama de esbelto talle fué mas fuerte que el atlético campesino. Ella lo había llevado casi sin resistencia hasta el umbral, cuando una puerta que se abrió en la vecindad asustó al ama de gobierno del mayor, y dejando al primo de su señor, desapareció con presteza dentro de su domicilio.

Un largo bostezo precedió á la aparicion de un individuo que llevaba un farol en la mano, como Figaro en el final del *Barbero de Sevilla*, y que era instrumento inútil cuando brillaba con todo su esplendor el magnífico astro de la noche. Recorriendo la calle con paso dormido, volvió hácia Robin sin abultada y estúpida fisonomía agitando un largo y puntiagudo palo.

— ¡Entrad en vuestra casa, vagabundo, entrad en vuestra casa! dijo el guarda nocturno, con palabras que parecian salir dormidas; ¡entrad en vuestra casa, ó al amanecer entraréis en el cepo!

— Este es el segundo aviso de esta especie, dijo Robin entre sí. Yo quisiera que me sacaran de apuros poniéndome en él desde ahora mismo.

Sin embargo, el jóven sentia contra el guarda nocturno cierta instintiva antipatía que le impidió hacer su pregunta de costumbre. Pero al volver este hombre la esquina, Robin resolvió no perder la ocasion, y le gritó con fuerza:

— ¡Decidme, pues, amigo! ¿quereis conducirme á casa de mi primo el mayor Molineux?

El sereno no respondió, y desapareció revolviendo la esquina de la calle.

(Se continuará.)

LA YEDRA.

Yo muero unida siempre al árbol do me estrecho,
La yedra significa al tierno adorador;
Mi alma fué la yedra que se enlazó á tu pecho;
La muerte entre tus brazos acabará mi amor.

Al olmo fiel se enlaza la yedra cariñosa,
El tronco idolatrado cubriendo de verdor;
Así á tu dulce vida, mi vida lastimosa
Anudan para siempre los lazos del amor.

Si al olmo le separan de su sensible amiga,
¡El árbol y la yedra se mueren de dolor!
La ley que rompa el lazo que nuestras almas liga,
Las despedaza, ¡ay triste! al desatar su amor.

Tu corazon y el mio, luz bella de mis ojos,
Para enlazar nacieron su peregrina flor:
Sé pues la yedra amante que encubre los abrojos
En que florece solo el árbol de mi amor.

GREGORIO ROMERO LARRAÑAGA.

La piedra que vira.

Una tradicion popular conservada por la religion es causa de una ceremonia que ha tenido lugar poco ha en las cercanías de Avallon (Morvan).

En uno de los sitios mas salvajes existe un monasterio que se cree perteneciente á la órden de la Trapa. A orillas de un camino pedregoso que conduce al monasterio, se ve una piedra enorme que descansa sobre un peñasco. Supónese que esta piedra gira cada cien años. He aquí la tradicion que proviene de una antigua leyenda.

Los religiosos del inmediato monasterio celebraban el 27 de setiembre último la inauguracion de una estatua de la Virgen colocada sobre aquella piedra. Mas de cuatro mil personas y de doscientos clérigos de las cercanías asistían á esta ceremonia.

El conde y la condesa de Montalembert, y otras notabilidades del país se hallaban presentes en primera fila. El octogenario conde de Chastellux se había hecho conducir de la distancia de 4 leguas á la piedra que vira por cuatro criados, porque los caminos no eran practicables para coches ni caballos.

Un dominico predicó; la bendicion tuvo lugar en seguida, y el público se abalanzó á besar la roca, retirándose despues en silencio.

Un accidente un poco grotesco ha coronado aquel acto religioso. Un sacerdote apareció sobre la piedra que vira; y dirigiéndose á la multitud, grita: « La condesa de Montalembert ha perdido su reloj; al que lo presente se le dará una buena recompensa. »

Puente-canal de Agen.

Un decreto del Emperador de los franceses que concede el camino de hierro del Mediodía cuyos puntos extremos son Cete y Burdeos, da á la misma compañía el derecho de explotacion del canal paralelo al Garona, y cuyos trabajos han sido ejecutados por el gobierno. Esta hermosa via navegable está destinada á formar una linea continua, natural en parte y artificial en el resto, entre el Mediterráneo y el Océano. Atraviesa los departamentos del *Alto Garona*, el *Tarn-Garona*, y el del *Lot-y-Garona* entrando despues en el de la Gironda. Se sabe que estos departamentos los mas productivos de la Francia meridional, bajo el punto de vista de la agricultura y manufacturas, reclamaban hacia mucho tiempo vias de circulacion que facilitasen el comercio de dichos productos.

El canal lateral al Garona ha venido á llenar el vacío que impedia una navegacion continua y completa entre los dos mares.

Entregado á la explotacion el trozo concluido ya entre Tolosa y Agen, la navegacion es hoy bastante activa para hacer presentir los inmensos servicios que debe dar con el tiempo á los departamentos que atraviesa en su curso, así como el feliz impulso que en ellos recibirá la industria. El departamento de *Lot-y-Garona* particularmente, tan favorecido ya por los productos de sus manufacturas, está llamado á extender considerablemente su industria, que consiste en los tegidos de algodón, de seda y de lana, industria que hasta aquí había estado paralizada por la fuerza de las circunstancias, pero que debe ya prometerse un lisonjero porvenir.

Habrá quien piense que un camino de hierro destinado á unir Burdeos con Cete y alargando en su curso la via navegable que ya reúne dichos puntos hace de esta una superfetacion ó al ménos que las dos vias paralelas deben perjudicarse mutuamente, y en efecto este temor es el que ha reunido ambas vias en una misma empresa. Esta medida es, pues, equitativa; pero no vemos la compensacion que ha debido darse á la empresa del canal del Mediodía. Sin duda este canal tiene ya en la apertura del otro de que hemos hablado, paralelo al Garona, un elemento de actividad que no tenia hasta ahora; pero tambien debe temerse que el camino de hierro de Burdeos le haga una concurrencia formidable; pues si bien es verdad que los canales y los ferro-carriles tienen ventajas especiales que conservan á cada uno su utilidad particular, tambien es indudable que aplicados á las mismas necesidades pueden irrogarse perjuicios de consideracion. Seria por lo tanto conveniente mirar por los intereses del canal del Mediodía no olvidando que de su prosperidad depende en gran parte la del canal lateral al Garona.

La construcción del canal lateral ha dado lugar á trabajos preciosísimos é importantes, entre los cuales citaríamos los puentes de *Moissac* y de *Agen*. Hoy presentamos á nuestros lectores una vista de este último cuya construcción hace honor al cuerpo de ingenieros de puentes y caminos. Este puente cuyo objeto es hacer atravesar el canal por uno de los recodos del Garona, tiene veintidos ojos de los cuales siete dan paso al rio constantemente, y los otros se extienden sobre una



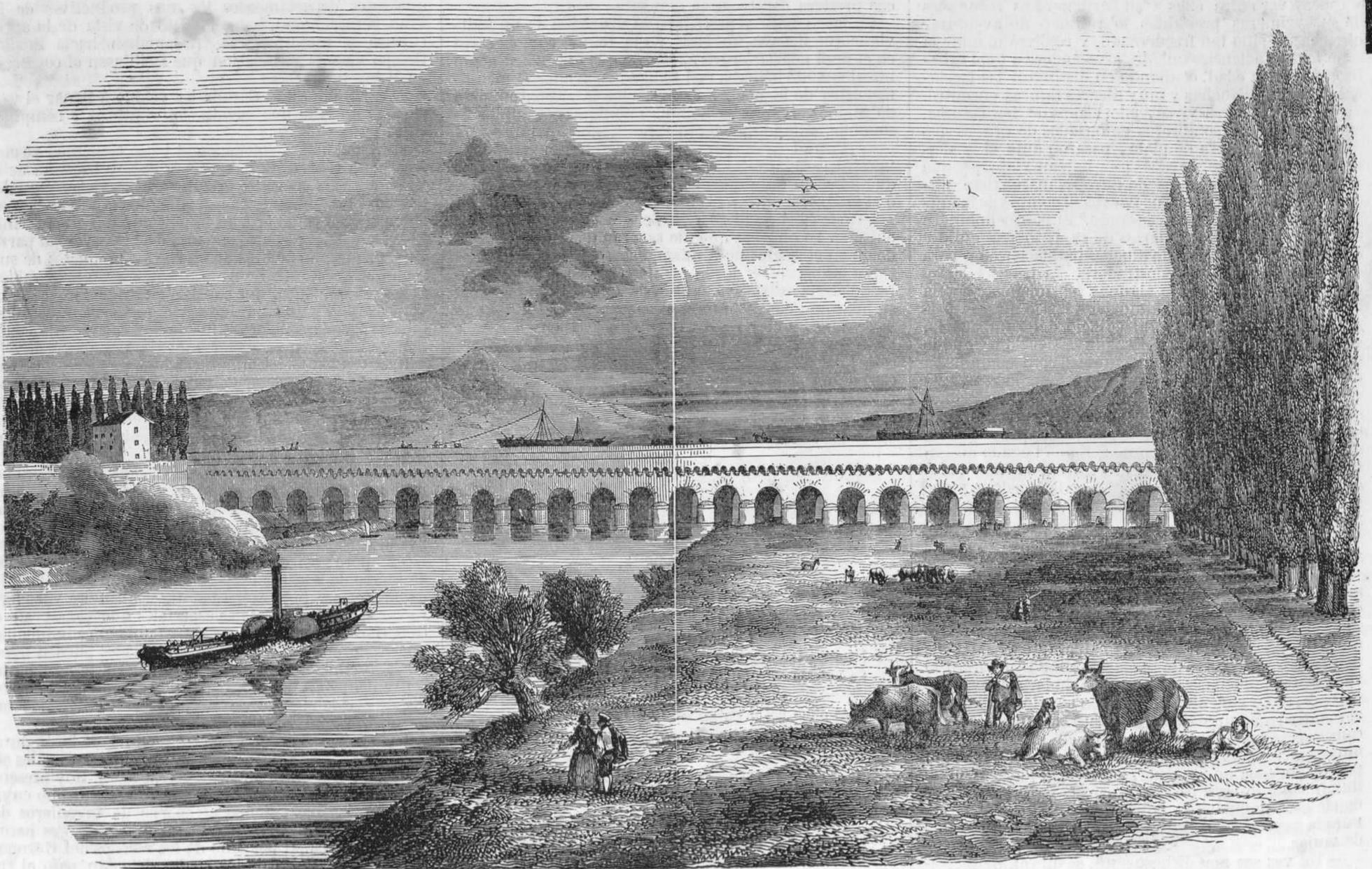
[Inauguración de una estatua de la Virgen en la piedra que vira.]

hermosa pradera. Su aspecto es monumental y ofrece con los puntos que le rodean una perspectiva de las más graciosas. Todo él es de piedra bien labrada, y visto desde la ciudad de Agen se destaca majestuosamente

sobre un fondo de colinas que pertenecen á las cordilleras de los Pirineos.

El puente de Moissac, del mismo género, es también un trabajo recomendable, y parece que se trata de darle

mayor ensanche para dejar paso también al camino de hierro, lo que ofrecerá una singularidad de las más curiosas cual es la de la justaposición del vapor y de la navegación sobre una vía por decirlo así aérea.



Puente-canal de Agen.

Carreras de caballos en Puerto-Luis (Isla Mauricio).

Llamábase la isla de Francia cuando pertenecía á los franceses. Los ingleses se apoderaron de ella en 1812, y la guardaron en virtud del artículo 8 del tratado de París, del 30 de mayo de 1814. Los ingleses volvieron á esta isla su nombre de Mauricio que habia recibido de los holandeses sus antiguos poseedores. Esta es la tierra fecunda descrita tan poéticamente por el autor de *Pablo y Virginia*. Recuérdense las *Pamplousses*, y el célebre jardín del Estado. Pero el cuadro de hoy es diferente; se trata de las carreras de caballos que se celebran todos los años en Puerto-Luis en el mes de setiembre, y que duran una semana entera; gran fiesta en la colonia, durante la cual, todos los negocios se paralizan, todas las tiendas se cierran.

Toda la poblacion de la isla Mauricio acude á Puerto-Luis; familias enteras de

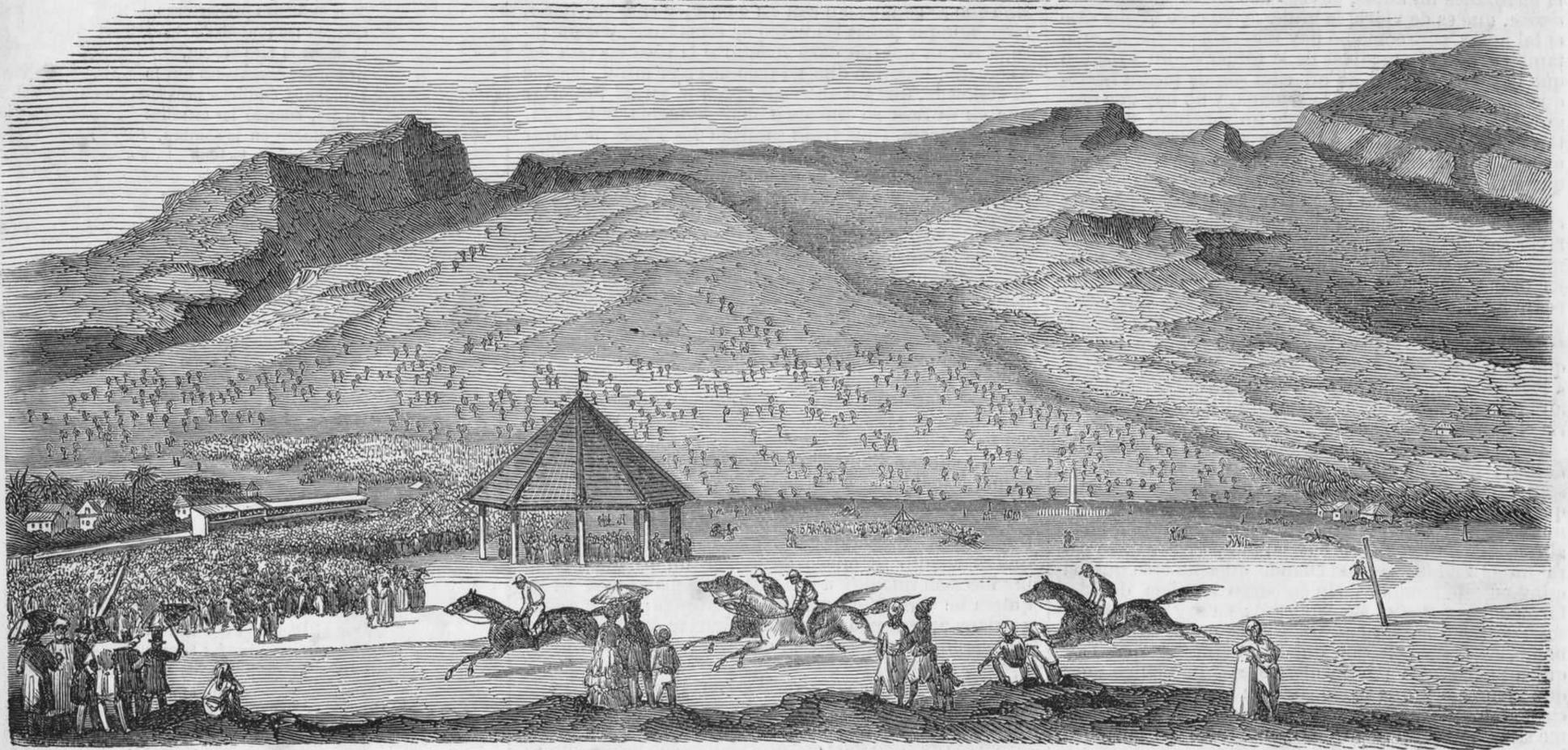


F. P. ROBINEAU

TRAJES EN LA ISLA MAURICIO, PUERTO-LUIS.
Mujeres criollas. — Lascars. — Criador de gallos. — Chino.

Borbon se dirigen á la fiesta, y las carreras se abren. El golpe de vista es mágico. Esta multitud abigarrada con trajes indios, europeos, chinos, árabes; esta multitud que se agita en el campo de Marte, desierto el resto del año á causa del ardor del sol, ofrece un espectáculo curioso en que cada uno es actor involuntario y espectador divertido.

La aristocracia tiene tribunas reservadas, donde el gobernador ocupa el asiento de preferencia, y en tanto que los privilegiados de la fortuna gozan del conjunto del cuadro, se ven en otra parte á los indios refocilarse en juegos que recuerdan la feria de San-Cloud y los *caballos de madera* de los Campos-Eliseos. Esto se llama allí *carrousel*, á fin de ensalzar la cosa con la pompa del nombre. Así se llamaban también en Francia estos aparatos ecuestres, pero el pú-



Corridas de caballos en la isla Mauricio.

blico no ha consentido en pasar por tonto dejando suponer que se divertia como los reyes en aquellos torneos.

El campo de Marte está circundado por la cadena de montañas del Pana; el dibujo que publicamos está tomado de la esquina de la calle del Gobierno, en la azotea de la casa de M. E. Piston. El pabellon que está á la entrada sirve, durante las carreras, de defensa contra los rayos del sol. En el horizonte el sepulcro coronado por una pirámide contiene las cenizas del general francés Malartic, de grata memoria en la colonia por su conducta mientras la revolucion, recuerdo que los nuevos poseedores han dejado subsistir, aunque los esfuerzos del general Malartic fueron dirigidos contra los que hacian ellos por apoderarse de la isla, aprovechándose de la agitacion que habian producido en ella las revueltas de la metrópoli. — Estas noticias de un corresponsal



F. P. R.

Criados. — Cocineros. — Dependientes. — Negociantes en la isla Mauricio.

se terminan por algunos detalles curiosos acerca de los concurrentes á las carreras de setiembre: « Los indios Malabares, los de Calcuta y Pondichery, dice, están ocupados generalmente en el cultivo de la caña de azúcar. Los negros criollos no trabajan la tierra; son industriales.

Los indios son excelentes cocineros; muchos adoptan el servicio doméstico. La mayor parte de la clase india es muy bella, de ancho pecho, y brazos finos. Las mujeres participan de estas condiciones, pero sus piernas son defectuosas. Los indios de alguna instruccion son empleados por el gobierno; su escritura es bella y correcta. Se visten á la europea, salvo el turbante que les sirve de gorro.

Los árabes son negociantes; los chinos, mercaderes astutos; son los indios de la isla Mauricio, pero diferentes de estos que no cultivan jamás la tierra, los chi-

nos son á propósito para todo y se distinguen especialmente en la ebanistería. Su tez es amarilla, y por lo común son bien formados. Los de Mauricio son malayos.

También tenemos de mozambicos, negros soberbios, de fuerza hercúlea. En fin, todos estos negros indios, malgachos, mozambicos y demás son útiles para todo servicio, y muchos se emplean en la marina mercante.

Mis creencias.

Raro es el hombre que de haber pasado por todos los trámites de la vida y hallándose en sus últimos escalones conserve las creencias que un tiempo fueron su delicia. Y si á uno de esos hombres se le preguntan las causas de su incredulidad, indudablemente responderá que los desengaños. Yo que he dado en creer algunas cosas, creo que un desengaño puede proporcionar á veces un disgusto, pero seguramente me sentarán mejor veinte desengaños que un solo engaño. Trabajo tiene en mi modo de ver el que da en dudarlo todo; nada más violento que el estado de incertidumbre.

Cuando se trata de creencias, bueno será que diga lo primero que creo en Dios; después diré que creo en otras muchas verdades, sin decir á puño cerrado porque una de las pocas cosas que dudó es la de que pueda haber puños abiertos.

Entra en mi plan higiénico la facilidad con que me resuelvo á creerlo todo y de algunos dolores de cabeza me he librado desde que dejé de cavilar sobre estas ó las otras materias. Oyen algunos campanas y no saben donde: cuando oigo yo una campana ya sé que da en la torre. Dice un autor, *de cuyo nombre no quiero acordarme*, que es de vidrio la mujer, y yo creo lo que dice el tal autor, pero como no hay regla sin excepción, creo también que las espaldas de la mujer de un zapatero que hay en el portal de mi casa son de piedra berroqueña, al menos un día á la semana, y no hay que preguntar que día es tratándose de un zapatero. Preguntan unos y corren otros cuando oyen tocar á fuego: en oyendo yo una campanada que anuncia incendio, ya sé que está ardiendo el palacio del duque de Liria.

Sin ser egoísta, creo que la caridad bien ordenada empieza por uno mismo, de modo que resuelvo á mi favor con admirable prontitud los más difíciles problemas. Si se tratase por ejemplo de decidir cual es el mejor drama que ha visto la luz pública, desde Shakespeare hasta nuestros días, andarían los más inteligentes alambicando escenas y conceptos para poder dar un fallo definitivo en el asunto; pero yo á primera vista sé que el drama mejor del mundo es el que se titula «Primero yo y siempre yo,» así como el peor de todos aun cuando lo hubiese escrito el mismo Calderón, sería el que se titulase, «Dar armas á su enemigo.»

Dicen que las mañanas de abril son muy dulces de dormir; ¡prosigue diablos! para mí todas las mañanas, sean de abril ó diciembre, son tan dulces de dormir, que suelen dar las doce del día sin que se hayan abierto mis párpados. Dicen también que en este pícaro mundo al que algo quiere algo le cuesta, tampoco es exacto para mí el refrán, porque cuando duermo creo que no estoy en este mundo, y sin embargo no deja de costarme algo el sueño. Me explicaré: yo soy un hombre solo, quiero decir sin familia, porque eso de decir «soy hombre solo» parece que quiere manifestar que hay quien puede ser hombre y alguna cosa más. Digo pues que vivo solo y que tengo para mi asistencia un muchacho lo mismo que la pólvora, el cual no diré que me sise, pero si en lugar de dormir fuese yo mismo á la compra, creo que no me costaría tan cara la fiesta. Sobre todo creo que el citado refrán es inexacto también en cuanto dice que *al que algo quiere algo le cuesta*; pues en esta vida queremos muchas cosas que no procuramos poseer porque ofrecen dificultades, de modo que aunque no las poseamos tenemos el placer de quererlas de valde, y véase como puede quererse algo sin que cueste nada. Pero volviendo á lo de mi criado, para lo cual tengo también que hablar de mí, diré que soy aficionadísimo á la fruta, y con este motivo raro es el día en que no hay disputas en mi casa. ¿Por qué? Porque el maldito del mozo se empeña en hacerme pagar las peras á dos reales, cuando andan á diez maravéis: grito yo, replica él y acaba la polémica diciendo mi criado que al día siguiente me las traerá más baratas, pero llega el siguiente día y las peras siguen al mismo precio, y ¿qué tengo que hacer? tomar paciencia y pasar por lo que él dice, convencido á pesar de todos los refranes del mundo de que nunca me pondrá las peras á cuarto.

Nunca me ha dado el naipe para la política, razón por la cual nunca he querido tomar cartas en ese peligroso juego en que he descubierto muchas trampas. Por ejemplo, conozco á un portero de oficinas, rollizo, que pesa lo menos diez arrobas, el cual no ha tenido que sentir en ninguno de los arreglos hechos por el gobierno; en cambio conozco á dos empleados tan flacos que parecen esqueletos, de los cuales los unos quedan cesantes, y los otros sufren rebaja en su escalafón siempre que hay un arreglo, y todo esto en los tiempos en que tanto se declama contra los empleados gordos. De esto deduzco yo que se fastidiarán los gordos cuando se declame contra los flacos, y creo por lo tanto que debo seguir como hasta aquí en ese estado indiferente á todo extremo, con un cuerpo que no puede llamarse cuerpo, sien-

do incapaz de aumento ó disminución, y excusado creo decir que en esta parte lo que digo del cuerpo debe hacerse extensivo al alma.

Si de este modo me va bien dirán algunos que la suerte me viene como pedrada en ojo de boticario, lo cual es falso, porque conozco un boticario que se quedó tuerto á consecuencia de una pedrada, y el hombre asegura que la tal pedrada le hizo mucho mal en el ojo á pesar de ser boticario. Si me va mal podré decir con alguna verdad con un palmo de narices por la simple razón de que mis narices no tienen menos de un palmo, y entre paréntesis sea dicho, creo que más de cuatro éhatos abusan de este refrán diciendo también cuando se llevan un chasco, que se quedan con un palmo de narices, siendo así que se quedan tan chatos como estaban antes del chasco. Estos señores pueden darse la mano con los sordos, que para manifestar indiferencia á lo que de ellos se murmura, dicen: eso me entra por un oído y me sale por el otro; lo cual es evidentemente falso porque ni les entra ni les sale, y excusado es probar que no les sale, estando demostrado que no les entra.

Volviendo á los empleados de que antes hablé, debo decir que el mencionado portero es hombre según dicen de irreprochable conducta, cosa que creo, aunque no pondría las manos en el fuego por él ni por nadie, porque eso de quemarse las manos no conduce á nada bueno aunque haya valido tanta celebridad á Mucio Scévola. Me contento por consiguiente con creer que el tal portero es digno del puesto que ocupa, sin negar que alguna vez haya dado justo motivo á las reprimendas de sus jefes que le achacan el defecto de meterse siempre en camisa de once varas, á lo cual contesta él con sobrada razón que lo hace porque no puede pasar por otro punto, pues no habría camisa que bien le viniera si tuviera una pulgada menos de tela de las once varas. En cuanto á los dos empleados flacos nada digo, sino que se conforman con su suerte, y creo que hacen bien, aunque jamás les hablo de estas cosas, porque dice el refrán que no debe mentarse la sogá en casa del ahorcado, precepto que no dejo de creer inútil, porque al ahorcado, una vez ahorcado, poco le puede importar que en su casa se miente ó deje de mentarse la sogá. Por otra parte, ¿qué fruto sacarían los flacos de ladrar contra los gordos? Algo habría que temer si fuera cierto aquello de que, perro que ladra no muerde; pero este refrán creo yo que no es más exacto que los otros, porque en España, muerdan ó no muerdan, todos los perros ladran. De todos es plausible que siendo íntimos amigos los dos empleados flacos á que me he referido antes, ninguno se llame Pedro, es decir, que no den que hablar al mundo con su mala conducta, pues creo que cuando dos camaradas dan pábulo á la murmuración, es evidente que uno de los dos se llama Pedro, puesto que la gente para vituperarlos dice: «tan bueno es Pedro como su compañero.»

Pero no acabaría nunca si fuese á enumerar todas mis creencias; basta para que los estimables suscritores del *Correo de Ultramar* tengan alguna idea de mí con lo que dejo dicho. Convento en que soy algo raro y sobre todo original, pues hasta la presente creo que nadie me ha traducido, y no creo que llegue el caso de traducir á los hombres, si bien observo con dolor cierto afán de traducir al español hasta lo mal traducido en francés que es cuanto se puede decir. Por mi parte tal es la predilección que doy á las cosas de España, que ni siquiera he tratado de aprender el francés; y á fé que si quisiera aprenderlo no me arredraran las dificultades que algunos encuentran en que se escriba de un modo y se lea de otro, porque lo mismo sucede en España. En efecto; cuando yo paso por cierta calle y veo una muestra que dice: «Tienda de los dos hermanos de chocolate,» no leo esto, sino que los dos hermanos y el que tal letrero escribió son tres alcornoques con forma humana. Esto se parece á un parte dado por cierto general allá en los tiempos de la guerra civil que decía: — «Sufrieron una descarga los valientes que tengo el honor de mandar á quemar ropa.» — Y en este momento no porque me falte materia sino porque creo que debo concluir, suelto la pluma y digo: aquí paz y después gloria.

MANUEL JUAN DIANA.

Espanto en Méjico.

Méjico, emporio de reyes,
Ciudad soberbia y famosa,
Regalo de emperadores,
Como en nuestro mundo Roma.
Méjico, la hermosa villa;
Perla de la indiana zona,
Cuyas torres son de plata
Y sus paredes de aljófar;
Méjico, cuna de bravos,
Emperatriz cuya pompa
El brillo del sol deslucé,
La gala del cielo asombra,
Ora por la vez primera
De su orgullo se despoja,
Y tiembla como una esclava
Envilecida y sin honra.
A las puertas del palacio
Donde Motezuma mora,

Emperador mas valiente
De cuantos ciñen corona.
La muchedumbre del pueblo
Con negra angustia se agolpa,
Y como enjambre de abispa
Zumba, chilla y alborota:
En vano la guardia regia
Al silencio les exorta,
Que do la paciencia falta
El respeto está de sobra.
Mujeres, viejos y niños
Gritan, se afligen y lloran,
Mientras los fuertes varones
Dan rienda suelta á su cólera;
Porque ha esparcido la fama
Con los ecos de sus trompas
De Hernán Cortés y su gente
Las hazañas y victorias.
Al cabo á los miradores
Del regio alcázar asoma
Un mago que á las estrellas
Los altos secretos roba;
Y al verlo el pueblo, su espanto
Por aquel momento ahoga,
Y en súbita y honda calma
Cierra su millon de bocas;
Bien así como en intervalo
De tempestad horrorosa,
Sus alas el viento pliega
Sobre las dormidas olas.
— «Mejicanos, dijo el mago,
Cuando la luz de la aurora
Con rojas tintas se viste
Sangre y destrucción denota;
Cuando el agua de los ríos
Triste murmura á deshora,
Las perlas que se deslizan
Son de llanto precursoras.
Cuando las pintadas aves
Calladas el aire cortan,
Es porque espantadas huyen
De alguna desdicha próxima.
En fin, cuando las estrellas
No relucen en la sombra,
Y por el cielo la luna
Camina pálida y sola,
Es porque densos vapores
Su luz purísima borran.
¿Lo oís? Pues bien, mejicanos,
Estas señales se notan
En ese cielo sin término
Que os cubre como una bóveda.
Ancho libro misterioso
En cuya azulada hoja
Sus pensamientos los dioses
Con ricos diamantes bordan.
No esperéis, pues, bienandanzas,
Porque ha llegado la hora
En que negras profecías
Su negro velo descorran.
Sabed, valientes guerreros,
Que han llegado á nuestra costa,
En alas de la fortuna
Sobre gigantes canoas,
Hijos del sol encubierto,
Bajo nuestra misma forma.
Su padre les dió los rayos
Que el Dios de los truenos forja,
Y cuando airados los lanzan,
Campos y pueblos asolar.
Por esto á su recio empuje
Tabaco sus armas postea,
Y se humillan Zempoala
Y Quieslaban con su tropa,
Y los héroes de Tlascal
Como pájaros se azoran.
¡Ay de la ciudad invicta!...
¡Ay de la imperial matrona,
Si esos dioses orientales
A su enojo se abandonan!...
Entonces serán tus torres
Diamantes que el agua enloda,
Turbillones de ceniza
Que el recio huracán arrolla.
Charcos serán tus lagunas
Donde caerá gota á gota
La sangre de esos valientes
Que en tu recinto atesoras.
¡Ay de tí, madre de reyes,
Ciudad soberbia y famosa,
Regalo de emperadores,
Perla de la indiana zona!
Si el enojo de tus dioses
Con harta sangre no borras,
De las iras celestiales
Escarnio será tu pompa.»

Calló el mago, y ronco ahullido
Que el inmenso espacio asorda
Lanzó la audaz muchedumbre
Confundida y temblorosa.
Bien así como el torrente
Que encuentra la valla rota,
Y por la extensa llanura
Rebramando se desborda.

ANTONIO HURTADO.

Los pasajes árticos.

La noticia que publicamos hoy, del descubrimiento del pasaje Noroeste, verificado por el comandante Mac-Clure, yendo mandando la expedición que partió de Inglaterra en diciembre de 1840 en busca de sir John Franklin, víctima quizá de la noble ambición y de la gloria que ha cabido al comandante Mac-Clure, dan un interés nuevo á las interesantes noticias que publica un periódico inglés, el *Futnam's Monthly Magazine* acerca de las expediciones árticas, coronadas ya de feliz éxito, y que nos apresuramos á poner en conocimiento de nuestros lectores. Y ojalá que al hacerlo no tuvieramos que lamentar la prematura muerte del bizarro teniente de la marina francesa, M. Bellot, de que también hablamos en otro lugar de nuestro periódico, tributándole este pequeño homenaje, en tanto que se levanta en las Islas Británicas el monumento que ha de llevar á otras generaciones el recuerdo de la intrepidez, de la abnegación y el patriotismo del infortunado marino.

Desde el descubrimiento de la América del Norte, por Labat, los pasajes árticos han ocupado á todos los geógrafos, y han sido el sueño favorito de los navegantes. Los hermanos Cortereal, de Portugal, á mediados del siglo XVI, han penetrado en aquellas latitudes hiperbóreas, y no han vuelto á salir de ellas. Medio siglo después, sir Hug Willoughby pereció con su tripulación buscando aquel pasaje. Algunos años más tarde encontraron unos pescadores rusos y esquimales su cuerpo, y la narración de su viaje, sujeta á la cintura. Treinta años más adelante, sir Humphrey Gilbert, y en 1610 Hudson, perecieron en medio de los hielos, de temer es que los nombres de Franklin, de Fitz-James y Crozier aumenten el catálogo de esta lúgubre lista.

Después de Baffin, Frabisher y Hudson, las expediciones árticas se abandonaron por espacio de algún tiempo. En 1741, el ruso Behring descubrió el estrecho que lleva su nombre; en 1771, Hearne, empleado por la compañía de la bahía de Hudson, fué el primero que vió la mar ancha al rededor del Polo. En 1773 el capitán Phipps avanzó un poco hacia el Norte con el *Sea-horse* y la *Carcasse*. Acontecieron entonces las guerras en que brilló Nelson, quien joven á la sazón, había ido con Phipps á los mares polares. Durante cuarenta años cesaron las expediciones. Después de firmar la paz, el capitán John Ross hizo brillantes campañas en el Norte, y las expediciones se sucedieron hasta la de sir John Franklin, al cual no ha podido encontrarse á pesar de cuantos esfuerzos se han hecho con este objeto.

En 1808 partió el capitán Ross con el *Elisabeth* y el *Alexander* á los mares polares, acompañado de su sobrino sir James Ross, W. G. Perry y Eduardo Belcher, siguiendo las huellas de su valiente comandante. Ross pasó el estrecho de Davis, entró en la bahía de Baffin, y llegó por fin á Lancáster, desde donde regresó á Inglaterra, después de haber descubierto una cadena de montañas que llamó Croker-Mountains, y que estorbaban el paso por la parte del Este. El mismo año, el capitán Buchan partió con la *Dorothea*, y el *Trento*, llevando de segundo al teniente Franklin.

Esta expedición tropezó con dificultades extremas, y se vió obligada á volver á Inglaterra.

En 1810, Franklin, apoyándose en los descubrimientos de Hearne, de Makensie, etc., resolvió buscar el pasaje partiendo de la desembocadura del río Coppermin, al Este, cerca de la bahía de Hudson: sus barcos y trineos fueron por la costa 600 millas, pero al llegar al punto que nombró Turganaim, y no teniendo casi víveres, el capitán abandonó el mar y volvió por tierra al fuerte *Enterprise* por la orilla del río Hood. Cincuenta días empleó en el viaje. En setiembre de 1820, emprendió el más terrible de todos los viajes; la expedición se componía de Franklin, del médico Richardson, del oficial Hood; de M. Back, d'Hepburn marino; diez hombres del Canadá, de los cuales ocho tenían nombres franceses, y dos indios. El país era escueto, y estaba cubierto de nieve. Al cabo de algunos días les faltaron los víveres, y no tuvieron más recurso que comer una especie de musgo, llamado *trupa de roca*. De vez en cuando mataban algunos animales; pero no obstante, sufrieron mucha hambre y mucho frío. Franklin podía apenas tenerse en pie. M. Back y otros tres fueron tan pronos como le fué posible al fuerte *Enterprise* en busca de socorro, mientras que el resto de la tripulación podía hacer penosamente 5 ó 6 millas por día. Estos desgraciados se vieron en la necesidad de comerse el cuero de sus zapatos; dos hombres del Canadá perecieron en la nieve. Richardson, Hepburn y Michel se quedaron bajo una tienda miserable con M. Hood; Franklin y el resto de la tripulación se dirigieron al fuerte. Otros tres hombres del Canadá perecieron en este trayecto.

Calcúlese la desolación de esta pobre gente al hallar el fuerte desierto y sin provisiones. Franklin y tres hombres se vieron obligados á pararse allí; sus compañeros probaron á ir más adelante. Veíanse obligados á desenterrar fragmentos de osamentas para hacer sopas. Dos días después llegó el médico Richardson al fuerte, y contó que le había levantado la tapa de los sesos á Michel porque había asesinado á M. Hood. El 1.º de noviembre murieron dos del Canadá, y no pudieron ser enterrados. Por fin, el 7 llegaron algunos indios con provisiones, y salvaron los restos de la expedición.

En la misma época, hacia un viaje más feliz el teniente Parry. Con el *Hecla* y el *Gripper* llegó á Lancáster, descubrió el canal Wellington, el islote del Regente, las islas de Bathurst, de Bejan, Martine, de Melville, y el archipiélago Parry. Ningun navegante había descubierto más allá nada, y ni había ido más lejos, hasta

que el comandante Mac-Clure ha hallado el pasaje apeteído. Explorando aquellas islas, Parry encontró ruinas de chozas de esquimales, y huesos de animales. Invernó allí y volvió á Inglaterra en la primavera siguiente. En 1827, pasó el invierno con el *Hecla* y la *Furia* en el canal de Fox, y los dos inviernos siguientes en la península de Melville. En 1823 el capitán Clavering fué con el capitán Labille á Spitzberg y á Tierra-Verde para determinar la configuración de la tierra. En 1824, Lyon exploró la península de Melville, é intentó llegar á Turnagain; pero se vió obligado á renunciar á su tentativa.

En 1824, Parry comenzó su tercer viaje, y exploró el estrecho de Barrow.

En 1826, Franklin bajó por el río Mackensie, y avanzó 374 millas al Oeste.

El cuarto viaje de Parry en 1827 no ofreció resultado alguno.

En 1829, el capitán John Ross emprendió otro viaje; atravesó el estrecho Barrow y llegó al islote del Regente. En 1831, su sobrino James Ross plantó la bandera inglesa en el polo magnético, á los 70º grados 17' de latitud Norte, y á los 96º grados 46, 44' de longitud Oeste, en donde la aguja estaba casi vertical. En abril de 1832, Ross abandonó su buque *Victoria*, deteriorado por el hielo. Después de un viaje infructuoso para volver al islote del Regente, se vió forzado á retroceder, é invernaó por la cuarta vez (1832-1833). En agosto de 1833 la tripulación se puso en camino y tuvo la dicha de encontrar el *Elisabeth* en Lancáster, que los trajo á Inglaterra, causando mucho júbilo el regreso del capitán Ross que todo el mundo daba por perdido con toda su gente.

En 1833, el capitán Back partió de la bahía de Hudson y fué á explorar todo el mar polar. Dirigióse al Este de Turnagain, y siguió las costas en dirección de Reptulse-Bay. Regresó en 1835, y volvió á partir en 1836 por el estrecho de Hudson para buscar el pasaje, pero en vano. En 1836, Deace y Simpson lo intentaron igualmente. En 1843 y 1846 se hicieron nuevos y estériles ensayos.

Aquí entra en turno por orden de fechas la última y malograda expedición de sir John Franklin; pero de esta y de las sucesivas que han salido en su busca, hasta la del comandante Mac-Clure, ya tenemos dada cuenta anteriormente á nuestros lectores, que pueden consultar y recorrer las páginas en que se hallan las noticias, cuya repetición no podría menos de serles fastidiosa, después de ser completamente inútil.

Nosotros también preferimos aprovechar nuestras columnas para tener al corriente de cuantas cosas pueden interesar en literatura, ciencias, artes, geografía, viajes pintorescos y otras materias de actualidad, á nuestros compatriotas y hermanos del Nuevo-Mundo, pues españoles y muy españoles son los que componen la redacción de nuestro periódico semanal.

La caza del cocodrilo.

Hé aquí el extracto de una curiosa relación que sobre la caza del cocodrilo se ha publicado recientemente:

«Durante el estío de 1846 me hallaba yo establecido en las orillas del Rohan, pequeño río de una provincia situada al Noroeste de la India, y allí fué donde vi por primera vez el *mugger* ó cocodrilo indio. Comenzaba la estación de las lluvias. Mi vecino Mister Hall me escribió anunciándome su visita y rogándome que le enviase un *syce* groom con caballo del diestro, á cierto sitio que designaba. Era Sidhoo el *syce*, el tipo perfecto del corredor, nervioso, fuerte, aunque de baja estatura; tenía los miembros delgados, pero templados como de acero, y cuando al uso de Oriente trotaba al lado de un caballo, corría á ocho millas por hora durante un espacio de tiempo que asombraría al más robusto espolista inglés.

Apenas se había puesto el sol, llegó M. Hall chorreando agua y cubierto de lodo, por lo cual supuse que le había ocurrido algún incidente desagradable, y como no me pareciese serio, lo tomé á risa y le di larga broma por el bautismo que acababa de administrarse.

—No hay motivo para reírse, dijo M. Hall, habeis perdido vuestro *syce*. —¿Se ha ahogado? —No, ha sido comido por un cocodrilo, contestó, y comenzó su narración.

Llegados Hall y Sidhoo á una *nulla* (riachuelo) que distaba como dos millas, encontraron tan altas las aguas, que hubieron de pasarlas á nado. Apretando Hall las rodillas al caballo, entró en el agua, llevando en la mano un extremo de la cuerda que el *syce*, como la mayor parte de los Hindous, llevan arrollada al cuerpo para sacar agua de los profundos pozos de su país; llegado á tierra, comenzó á tirar de la cuerda, y ya veía adelantarse entre las aguas la negra cabeza de Sidhoo ceñida por el turbante, cuando súbitamente dejó el groom caer los brazos y desapareció, dando un espantoso grito. Hall, que había dado dos vueltas á la cuerda al rededor de su mano, se sintió atraído hacia adelante y cayó en la corriente, viendo al mismo tiempo la larga cola de un enorme cocodrilo, dentellada como una sierra, que sacudía el agua á pocos pasos de él. Entonces, haciendo un esfuerzo supremo para evitar el peligro, soltó la cuerda y llegó, no sin trabajo, á las resbaladizas orillas de la *nulla*.

No era Hall de los hombres á quienes dura mucho la melancolía, y sin embargo, esta vez, como se trataba de la muerte de un hombre, después de su narración

quedamos largo rato en silencio y continuamos fumando nuestros *shirouts* sin pronunciar una sola palabra. Por fin, poseidos del mismo pensamiento, abrimos á la vez la boca para proponer los medios de destruir los cocodrilos; pero aunque discutimos muchos proyectos, ninguno ofrecía probabilidades de éxito. Al día siguiente después del desayuno mostraba yo á mi huésped un aparato galvánico de explosión, que últimamente me había llegado de Inglaterra, y debía servir para hacer saltar los troncos de los árboles (*snags*) que impiden la navegación de los rios: estaba explicándole la teoría de mi aparato y el modo de usarle, cuando me interrumpió exclamando:

—¡Esto es! ¡precisamente es esto! En vez de hacer saltar los troncos de los árboles, haced saltar los cocodrilos. ¿Qué os parece?

Nada en efecto se oponía á minar los cocodrilos, nada más que la posibilidad de disponer de la mina, y tanto nos dimos á pensar para evitar este inconveniente, que al fin creimos posible el nuevo proyecto. Ya hacia tiempo que había hecho saltar así muchos troncos de árboles, y había observado también que la conmoción de la descarga mataba todos los peces que se encontraban en un radio de treinta ó cuarenta piés. Concluí de aquí, que aún colocados á larga distancia del *mugger* podríamos por medio de una descarga, si no hacerle pedazos, herirle al ménos con una fuerte sacudida, con tanto más motivo, cuanto que una mina al estallar en el agua destroza los objetos que la rodean con mayor violencia que si hiciera la explosión en tierra.

Terminados los preparativos, entramos en un barco, Hall, mi hermano y yo, llevando á bordo el aparato, y seguimos la corriente hasta el punto en que la *nulla* entra en el Rohan, donde abordamos por un momento mientras Hall compró en un pueblo inmediato un cabrito desollado. En el vientre cosimos un cuerno que contenía seis libras de pólvora, provisto de hilos conductores que unimos al rededor de una de las dos fuertes cuerdas sujetas al cebo así minado. Estas cuerdas tenían unos 99 piés de largo, y á sus extremos llevaban atadas unas pieles llenas de viento semejantes á las que se usan en la India para llevar agua. Hall fué subiendo por una de las orillas de la *nulla* con una de estas pieles debajo del brazo y la cuerda arrollada en la mano, al tiempo que mi hermano armado del mismo modo marchaba paralelamente á lo largo de la otra orilla llevando el hilo conductor. Seguí á este acompañado por dos *coolies* (mozos de carga) que llevaban la batería ya cargada y dispuesta. Atamos también al cabrito un indicador flotante que sirviera para señalarnos las posiciones.

Preparada así la artillería empezamos á subir la *nulla* remolcando el cebo contra la corriente y cuidando de pasarlo á derecha é izquierda, con lo cual teníamos probabilidades de comunicarnos con el cocodrilo. En efecto, apenas habíamos andado un cuarto de milla cuando el indicador se sumergió rápidamente: Hall y mi hermano saltaron en el agua las cuerdas y las pieles hinchadas, conservando el cabo atado á estas; las pieles se agitaban, prueba de que el cocodrilo se había tragado el cebo.

En medio de un gran oleaje el monstruo bajaba por la corriente, y yo le seguía con toda la rapidez que permitían mis piernas; pero como perdía tiempo me decidí á darle todo el cable. Afortunadamente el voraz anfibio se detuvo en un sitio en que se elevaban un poco las orillas. Subí á la cumbre y comencé á recoger el cable sin sacar todavía la piel fuera del agua por temor de levantar la caza. En esta situación, para dar tiempo á que los *coolies* llegasen, aguardé algunos minutos, minutos de inexplicable inquietud, porque si el *mugger* continuaba su carrera tendría precisión de seguirle, corriendo el riesgo de verle destrozar los hilos conductores. Por fin se aproximó á los *coolies*; pero ¡qué contratiempo! uno de ellos al tiempo de acercarse, tropezó y cayó, cayendo con él la máquina que perdió una parte del ácido. Mi hermano se apresuró á ponerla á mis piés, y teniendo venturosamente ácido de reserva, vaciamos en la batería una botella entera, con lo cual pudo funcionar mejor que nunca.

Seguí pues recogiendo el cable muy despacio cuando ocurrió otro accidente. La piel hinchada que estaba al extremo de los hilos conductores arrancó al subir á la orilla algunos terrones que cayeron en el agua con estrépito. Por dicha el cocodrilo no se movió, pues parecía que se había decidido á digerir tranquilamente su comida en el sitio en que se encontraba. Una sonrisa de triunfo brilló en mis labios cuando me vi en posesión de los hilos conductores. Mi hermano juntó el uno á la batería, y yo tuve el otro pronto para formar el círculo.

Durante este tiempo reposaba tranquilamente el buen cocodrilo en el fondo de la *nulla*, teniendo dos brazas de agua sobre la cabeza, exento de sospechas y bien lejos de imaginar que acababa de tragar un brulote, cuya explosión iba á desgarrarle en un solo instante al golpe de un rayo arrancado de una máquina infernal por dos hipócos que no habían encontrado medio más seguro de comunicarse con él que los hilos eléctricos.

Al fin llegó el momento y puse en contacto los hilos. El éxito fué completo. Sentimos instantáneamente una fuerte sacudida como si hubiera caído alguna cosa sobre la ribera: luego una trompa de agua espumosa, un sonido ahogado, un ruido cavernoso y después de todo esto una espesa columna de humo. Chócanse las olas; estremeciase la ribera, y en la superficie del agua se extendió una mancha roja que se asenecía á un paño de escarlata. El *mugger* destrozado fué arrebatado por la corriente, y bien pronto le perdimos de vista.

Notas y recuerdos de la Habana.

No es la primera vez que en las columnas de este periódico nos hemos ocupado de la perla de las Antillas, como habrán visto ya nuestros lectores. Por eso hoy, sin otro exordio pasaremos a hablar de la fabricación del azúcar, y del trabajo y costumbres de los negros, acompañando nuestra narración con varios grabados.

El trabajo de los campos es sin duda ninguna el más penoso para el esclavo; divídese cada año en dos épocas de distinta naturaleza. En efecto, de mayo á noviembre el trabajo consiste en cuidar del cultivo de la caña y limpiar incesantemente la tierra de las yerbas que crecen en abundancia en esa estación de las fuertes lluvias. De noviembre á mayo ó junio se verifica la cosecha y la fabricación del azúcar; esta es la época en que hay más que hacer; los negros se dividen entonces en varias categorías, según sus géneros de ocupación. Los unos permanecen en los campos donde no tienen otra cosa que hacer que cortar una por una las cañas con el machete; otros cargan las cañas cortadas en carretas tiradas por bueyes que las llevan á la fábrica; los más robustos y hábiles se hallan destinados al servicio de las calderas; algunos trasiegan incesantemente el azúcar líquido en las hormas de donde salen los pilones, y los demás trabajan en las casas de purga.

Lo que aumenta la tarea de la estación es la necesidad absoluta que hay de trabajar de día y noche para concluir la cosecha y expedir los azúcares, de modo que no se perjudique por tardanza la cosecha del año siguiente. La noche se divide y combina de tal suerte, que cada cuadrilla trabaja cuando la toca alternativamente. El queda reducido á seis horas consecutivas en lugar de día, pero para eso durante el día se duerme la siesta.

Además de estas reparticiones de trabajo, hay muchos empleos regulares durante todo el año, tales como los de las casas de los niños, la enfermería, la ropa y el cuidado de las habitaciones que están á cargo de los que más se distinguen por su laboriosidad y buena conducta. Los ancianos ó los débiles se pasean desde por la mañana hasta por la noche, bajo pretexto de cuidar del huerto, ó para guardar el bagazo contra los peligros del fuego.

Se llama bagazo la madera seca que sobra de las cañas, cosa muy fácil de inflamarse, sobre todo en un país donde tanto se fuma.

El trabajo de los cafetales es incomparablemente más dulce, pues allí se trata únicamente de un cultivo sencillo y sin aumento de tarea cuando se verifica la cosecha. Cuidar los arbustos y limpiar la tierra de las yerbas, esa es toda la ocupación de una parte del año: recoger con la mano el fruto maduro, trasportarle á hombros al molino que le quita la corteza sin tocar á la semilla, hacer secar esta al sol en inmensas azoteas, y reunir las después en montón en un centro cubierto para preservarlas de la lluvia del día y del rocío nocturno, escoger los granos secos al cabo de un mes, según su tamaño, calidad y apariencia para meterlos en sacos y enviarlos á la ciudad, he ahí todas las operaciones de los cafetales, que por cierto no son penosas, si se comparan con las de la cosecha y fabricación del azúcar.

Debo observar aquí que en el Brasil ese terrible concurrente de los cafés de la isla de Cuba, el cultivo de esta planta es menos exigente todavía. En lugar de mantenerla en las proporciones de un arbusto, allí la dejan crecer en libertad hasta las dimensiones de un árbol; extienden en el suelo grandes sábanas y sacuden las ramas de donde cae el fruto maduro en tiempo de la cosecha. Es una economía de brazos, que al mismo tiempo que facilita la producción, trae necesariamente una baja notable en el precio de este artículo.

Me parece imposible apreciar de un modo absoluto las fatigas ó el rigor de un trabajo determinado. Lo más acertado es juzgar de un modo relativo á las fuerzas, al temperamento y al carácter del trabajador. Es evidente que uno de nosotros no podría soportar veinticuatro horas el trabajo de los negros, expuestos á los

capricho de un jefe que le sacrificaba con otros muchos en holocausto para apaciguar la venganza de una divinidad sedienta de sangre. ¿Qué le queda que desear? la libertad; pero generalmente entre la esclavitud ociosa y la independencia trabajando, el negro no titubea en optar por la primera.

Cuando nacen en el ingenio, como ninguna comparación les atormenta, viven con una indiferencia que envidiarían ciertamente muchos filósofos.

No quiero decir por esto que los esclavos sean dichosos, aun cuando hay muchos que disfrutan en las casas de la confianza y amistad de sus amos; pero si sostengo que no son más desgraciados que muchos millares de hambrientos que viven y mueren de miseria bajo la tutela de gobiernos que se llaman filantrópicos. La especie humana se paga fácilmente de palabras, de modo, que los hombres que dirigen los imperios se burlan de la ceguera de las masas. Prueba de esto, la Inglaterra que envía cruceros á la costa de Africa, y hace pomposos discursos sobre la emancipación de los negros, en tanto que deja morir de hambre en los caminos, ó deja perecer estenuados en las fábricas á millares de individuos cuyo trabajo obligatorio constituye su riqueza. Seamos humanitarios con nuestros semejantes, y luego pacíficamente podremos llamar á disfrutar de nuestras ventajas en la proporción de sus fuerzas á los que Dios colocó más cerca de nosotros en la vasta escala de los seres creados.

Yo he basado generalmente mi apreciación de los negros sobre la generalidad, pero en esto como en todo hay excepciones. Algunas naturalezas más salvajes é indomables se niegan á la resignación, y como esos animales que el hombre no doblegó jamás sobre su yugo desprecian la dulzura y resisten violentamente. En estas excepciones entran los negros cimarrones. La fuga es su recurso, el objeto á que tienen todas sus facultades. Ahora bien, la fuga es la vida salvaje, errante y peligrosa por los bosques, es la falta de alimento, la enfermedad y aun la muerte. Sin embargo se escapan, y algunos logran vivir muchos años de ese modo huyendo de los que los persiguen, saliendo solo

por la noche para buscar las raíces y frutas con que se mantienen, y ocultándose lo demás del tiempo entre los árboles. Esta existencia es de dos modos; el negro es cogido y encadenado esta vez por un tiempo proporcionado á su ausencia, ó muere aniquilado sin abrigo ni auxilio, lo mismo que una fiera. Cuando falta un negro en la habitación, al instante lo nota el mayoral, y trata de informarse por donde se le ha visto, ó calcula según las probabilidades la dirección que ha tomado, para salir al punto en busca suya con los esclavos de más confianza, que no son seguramente los que menos trabajan en la expedición; no hay peor cuña que la del mismo palo, como dice el proverbio.

Pero el hombre, el rey de la creación, ese siempre halla en la inteligencia los recursos que suministra á los animales el instinto de los sentidos. Por eso se llevan



Una plantación en Cuba. — Jardín de Santa Elena.

ardores tropicales de un sol perpendicular, y sin embargo ellos que no hacen otra cosa en seis meses del año son más robustos y disfrutan de mejor salud que la mayor parte de nosotros. Esto consiste únicamente en el temperamento.

En cuanto al carácter, no hay necesidad de ser un gran fisiologista para saber que la felicidad ó desdicha en este mundo son proporcionadas á la idea que de ellas nos hacemos, y á la relación que existe entre la realidad y nuestra imaginación. Ahora bien, el negro piensa poco ó nada. Sus instintos reemplazan por decirlo así sus meditaciones, y no habiendo conocido jamás una posición afortunada según nuestras ideas, se acomoda mejor en su choza que nuestros blancos en sus oficinas. Además, ¿qué es lo que el negro perdió en Africa? Mil veces estaba más sujeto, pues se hallaba sometido á costumbres bárbaras, á los peligros del tormento, á la eventualidad de las inmolaciones, hijas del

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

perros cuando se sale en busca de negros cimarrones. ¿Quién puede revelar á estos animales el objeto de la campaña, y cómo pueden comprender que persiguen á un negro que cien habrán visto pasar á su lado? Esto se ignora, pero lo cierto es que al punto se ponen á la cabeza de la cuadrilla.

Para estas cacerías se emplean dos castas de perros; los pequeños, que tienen un buen olfato, y que los dedican á hallar la pista, á seguirla y á indicar exactamente el sitio donde se ha ocultado el fugitivo; y los grandes, que se llevan atados hasta el último momento, y que no se sueltan sino en caso de resistencia ó para hacer salir al cimarrón de entre los espesos matorrales. Antes se le dice, sin embargo, que toda persistencia es inútil, y que si se obstina en no salir, le soltarán los perros; seguramente basta con la amenaza, pero cuando no es así, se echa mano del último extremo; el animal se lanza al fugitivo, le echa por tierra y le sujeta hasta que llegará á apoderarse de su persona. El negro cimarrón no tiene alternativa; en cuanto se fugó no puede vivir mas que de robos, y por consiguiente saquea los huertos y los corrales siempre que pueda. Por eso cuando se reúnen en cuadrillas muchos negros cimarrones, no solo se encuentra ya comprometido el interés privado, sino también el interés público. Con este fin los colonos pagan una compañía de hombres que no tiene mas destino que el de recorrer los bosques en busca de los negros, y gracias á su experiencia que se aumenta cada

dia, conocen en la yerba, en las ramas de los árboles, en mil indicios insignificantes para otros, que por allí ha pasado un hombre ó un animal, y hasta saben decir cuanto tiempo hace que pasaron.

La huella mas imperceptible basta para descubrir á sus ojos los hábitos y traza de la gente que buscan, y por eso saben ponerse en emboscada cuando conviene,

mejor, quizás de la libertad. Las negras, en su esfera, tienen de las mujeres dos sentimientos, la ambición y la vanidad; elevarse sobre sus compañeras es el objeto de todos sus deseos.

Por lo demás, la belleza física es una excepcion entre los negros. Sus rostros están en oposicion con todas las armonías de líneas que constituyen la hermosura

de modo que rara vez se vuelven sin caza.

Pasando ahora á las costumbres privadas de los negros, debo confesar que no son la realizacion mas perfecta de las prescripciones de la moral cristiana en el sexto mandamiento. Su regla de conducta procede directamente de la ley natural, y como el látigo no interviene en estas materias, los filósofos tienen el campo libre para entregarse á las investigaciones mas profundas sobre el asunto. La distancia que separa á los negros venidos de Africa de los blancos civilizados, es una escala exacta del camino que nos ha hecho recorrer el contrato social desde el origen de las sociedades, y el código religioso desde el origen de las religiones.

Así pues, cuando un negro llega á la habitacion, si encuentra un capricho que cambiar con el suyo, esto dura una noche, una semana, un mes ó un año á gusto de las partes interesadas; la libertad de cambio reina allí como principio soberano.

Se comprende pues que la belleza física debe ser muy envidiada por los negros. La belleza es la eleccion de los placeres, es la promesa de una disminucion en el trabajo; es la probabilidad de una condicion me-



Sabaneros.



Negros cimarrones en los bosques.

según nuestras ideas. Solo sus ojos son bellos, y aun lo son más por el fuego que arde en sus miradas que por sus contornos, que en sí mismos ofrecen un contraste duro y chocante entre el ébano de sus párpados y el nácar de sus órbitas. Una frente aplastada é incorrecta, una nariz chata, labios abiertos, y mandíbulas de animal con mejillas abultadas, nos constituyen los elementos de un tipo bien precioso. En cuanto á la belleza corporal, esta se acaba en ellas en un soplo; es de todos los tipos el que decae más rápidamente.

R. DE H.

La mujer abandonada.

El 26 de noviembre de 1812 una turba innumerable de soldados de todas armas, de administradores y de empleados militares, confundidos y desmoralizados, que llevaban tras sí muchas mujeres y niños, á pesar de la orden expresa que se habia dado para que no pudiesen ir con el ejército, y las cantineras y lavanderas escoltadas de esta tropa de especuladores y chalanés, que siguen siempre las expediciones de guerra, se dirigian lenta y silenciosamente hácia Borisow, que estaba señalado como punto de reunion del ejército francés al otro lado del Beracina. La nieve caía en abundancia, soplaban un viento impetuoso, y el horizonte estaba enteramente cubierto de un velo espeso y sombrío. Casi todos los caballos se morian, y la artillería no podia moverse. Los hombres, los unos yertos y acobardados por el frio, se entregaban á un sueño, que traía consigo la muerte; los otros estaban exánimes por el hambre y por los rigores intolerables del temporal, que helaba sus manos. Eran pocos los que podian servirse de sus armas para defenderse del enemigo, que les ostigaba sin cesar. Dos grandes masas de cosacos los molestaban y cerraban durante el dia, dejándoles apenas algun pequeño reposo durante la noche. Despues de la acción de Wiasma se habia introducido el desorden en el seno del ejército; hombres de todos los cuerpos marchaban en dispersion, repartiéndose en todas direcciones, luego que llegaba la noche en busca de pan y un abrigo.

Las inmensas provisiones de víveres que se habian reunido en Smolensk, por una sabiduría previsora, y que debian asegurar por mucho tiempo la subsistencia del ejército, habian sido saqueadas una mañana por esta tropa desordenada, y la mayor parte habia sido destruida sin provecho de nadie.

Hácia el mediodía, la cabeza de esta inmensa turba de no combatientes, que despues de muchos dias embarazaba las operaciones del ejército por su número y por la lentitud de su marcha, llegó á las márgenes del río Beracina, sobre el cual los ingenieros habian construido un puente y se disponian á atravesarle.

Los rusos esperaban al ejército francés al otro lado del río, creyendo que le pasaria por el vado y seria sorprendido por los cosacos. Estaba dada la orden para que suspendiesen la marcha todos los que no estuviesen en disposicion de batirse, y doscientas bocas de fuego con sus cajas rodaban sobre el puente para sostener las divisiones que estaban sobre la parte opuesta.

Los caballetes que sostenian el puente se hundieron bajo una carga tan enorme, y la confusion más espantosa fué la consecuencia que siguió á este imprevisto desastre.

Gracias al valor de los pontoneros, de los zapadores y de los marinos, que se vieron obligados á trabajar dentro del agua helada, este descalabro se reparó ántes de acabarse el dia, y se dió orden para volver á emprender la marcha y continuarla durante toda la noche á fin de que al amanecer del siguiente dia estuviese libre el paso para las tropas, perseguidas en todas direcciones por diversas divisiones del ejército ruso, pero la noche era oscura, el frio era excesivo, y no fué posible arrancar de sus vivaques á los pobres soldados, llenos de necesidad, y que no tenian ya fuerza moral ni física.

Al amanecer del dia 27 empezó el movimiento. Pero ¡ah! la más horrible confusion apareció bien pronto en medio de la multitud inofensiva. Las tropas creyeron que todo aquel gentío habia pasado durante la noche, y combinaron sus movimientos para efectuar el paso con todo el orden que permitiesen las circunstancias; pero las primeras divisiones que llegaron al puente experimentaron una resistencia insuperable, por la reunion de coches, caballos, hombres y mujeres que obstruian el paso, en términos que solo algunos podian verificarlo con la mayor lentitud. Los cuerpos del ejército iban llegando sucesivamente sobre el puente, y esto causó bien pronto una espantosa confusion, que se aumentaba por el fuego de las baterías rusas, que no cesaban de hacer disparos sobre esta masa de hombres reunidos.

En este choque inmenso cada uno piensa en su propia salvacion; los más fuertes se abren paso sobre los más débiles, y bien pronto se vió el río cubierto de coches destruidos, de caballos precipitados desde el puente, y de hombres que luchaban contra la corriente, arrastrados por la rapidez de las aguas, cuya superficie estaba cubierta de témpanos de hielo, que aumentaban el peligro y las dificultades de poderse salvar.

En medio de aquella multitud desordenada se distinguia un hombre de alta estatura, montado sobre un brioso caballo, en cuyos arreos dorados, y por las con-

decoraciones que brillaban sobre el pecho del ginete, se conocia que era un administrador de primer rango. Detrás de él, y sobre la grupa de su caballo, iba una mujer jóven, de una extremada hermosura, que le llevaba cogido con el mayor afán, y que tenia pintadas en su rostro todas las señales del miedo y de los sufrimientos más agudos. Luego que estos dos personajes lograron pasar el puente y entrar en el camino real, la jóven levantó hácia el cielo sus blancas manos, mojadas con sus lágrimas, para dar gracias al Ser Supremo que los habia librado de tan grande peligro, y el marido miró con ansiedad hácia un lado del puente, parándose como para esperar á alguno. Era la causa de esta detencion, que no habiendo podido conservar de sus equipajes sino un arcon grande tirado por un caballo, que guiaba un criado suyo, habia encargado á este que le siguiese lo más pronto posible, y no le veia llegar. Este cajon contenia cosas muy preciosas para él, porque entre varios efectos, ropas y papeles importantes, contenia también víveres en abundancia, y estos los estimaba él entonces mucho más que todos los objetos curiosos que habia recojido desde el principio de la campaña. Inquieto con la idea de perder recursos que le eran tan necesarios, pensó en volver atrás para buscarlos. La jóven manifestó la mayor repugnancia, y suplicó á su marido que abandonase un proyecto que la parecia imposible llevar á cabo, por la muchedumbre que obstruía cada vez el puente. Sus ruegos fueron inútiles; su marido la hizo bajar del caballo, la colocó cerca del fuego de un vivac, recomendándola á unos oficiales, y se dirigió hácia el puente.

La jóven le vió partir con el más profundo dolor, y despues de derramar abundantes lágrimas, oró con el mayor fervor, y esperaba con la suma impaciencia á su considerado marido, que la dejaba en una posicion tan cruel. Pasó algunas horas en la más viva inquietud, fija siempre su vista sobre el río, que á cada instante recibia nuevas víctimas, que desaparecian en la profundidad.

Un jóven comandante de un batallon de infantería ligera, con su caballo de la brida, se arrimó á la lumbre del vivac, á fin de reanimar sus helados miembros, y se colocó en frente de la inquieta dama.

La tropa marchaba con tal precipitacion sobre los dos puentes que se habian construido, que el paso del ejército, que á la verdad habia perdido mucha parte de la artillería y bagajes, se verificó mucho más pronto de lo que se esperaba.

La retaguardia, que habia sostenido durante toda la jornada los esfuerzos del enemigo, empezaba ya á retirarse, y la dama no veia volver al objeto de sus cuidados: sus esperanzas se desvanecian, y su dolor habia llegado á desesperacion: en fin, el jefe de batallon, que no la perdía de vista, oyó dar la orden de cortar los puentes, y creyó deber recordar á la jóven que era tiempo de poner su persona en salvo. La jóven respondió á esta observacion con gritos de desesperacion; la parecia imposible que su marido no volviese á buscarla al sitio donde la habia dejado, y no se determinaba á marcharse, porque conocia que se separaba tal vez para siempre de la persona á quien amaba: la obligaba también á quedarse otra causa poderosa, y era que no tenia medio alguno de continuar su marcha sin bagaje, sin dinero y sin víveres; y le parecia mil veces preferible morir en el puesto que su marido la habia señalado para esperarle, que arrostrar sola y á pié los peligros de una marcha larga, en medio de tantas dificultades como se ofrecian, sin más provecho que infinitas privaciones y fatigas, y sin ninguna esperanza de salvacion.

El jóven comandante respetó su dolor, y no se atrevió á ofrecerle ningun consuelo, conociendo lo inmenso de su afliccion y lo difícil que era á una débil mujer así abandonada tomar ninguna resolucion. Sin embargo, él resolvió no dejarla en tan horrible situacion, y luego que hubieron pasado las últimas tropas la dirigió la palabra con la más exquisita urbanidad, pero con un tono de autoridad, para obligarla á tomar algun partido.

— Os es imposible, señora, la dijo, quedar aquí por más tiempo, sin aventurar vuestro honor y aun vuestra vida. Vos no debéis perder la esperanza de volver á ver vuestro marido; pero no debéis esperar aquí. Montad sobre mi caballo, yo me haré un deber en escoltaros y protegeros mientras pueda; pero no podemos evitar de seguir el movimiento del ejército. Yo os prometo que pararemos en las ciudades que hallemos en nuestra ruta todo el tiempo que lo permita la prudencia, á fin de descubrir la persona que os inspira tanto interés, si es que ha podido llegar por otro camino.

Era difícil rehusar una oferta hecha en tan apuradas circunstancias con tanto celo y rectitud; y sin saber todavía á quien confiaba su destino, consintió en seguir á su nuevo guía.

La primera jornada se acabó sin que ninguno de los dos profiriese una sola palabra; el comandante habia querido dejar á su compañera que gobernase libremente su caballo, y él seguía á pié, profundamente conmovido de su afliccion.

Nuestros viajeros llegaron por la noche á Borisow; pero esta ciudad estaba toda ocupada por las tropas, y no les fué posible hallar un abrigo en toda ella, por último, tuvieron que detenerse en una de las lumbres del campamento; el comandante consiguió hallar algunos víveres, que ofreció con la mayor finura á su desgraciada compañera; ella lo rehusó todo, y pasó sollozando esta noche cruel.

Al dia siguiente se dirigieron con el resto del ejército hácia Zemin. El comandante hizo presente á su compañera que le interesaba mucho alcanzar la cabeza de la columna, no solo para ponerla al abrigo de los ataques incansables de los cosacos, que no dejaban un momento de reposo á la retaguardia, sino también para poder con más facilidad procurarse víveres y cama. Su caballo era fuerte y jóven, y él no perdonaba medio para que no le faltase el alimento; y así, confiando en su bizzarria, se colocó el comandante en la silla, puso á la jóven sobre la grupa, y de este modo, despues de grandes penalidades, y salvando mil obstáculos y dificultades, lograron hallarse en una posicion más ventajosa. Ellos siguieron el movimiento general por Kamen, Malodeozeno y Smorgoni, pudiendo en este último punto surtirse de víveres para muchos dias.

Llegaron por fin á Wilna el 3 de diciembre con el ejército, si es que podia darse todavía este nombre á una masa confusa de hombres extenuados por el hambre, por la sed y por un frio tan riguroso como el de Rusia.

Todo el mundo sabe los últimos desastres que sucedieron á las tropas francesas en Wilna: nuestros viajeros tuvieron la fortuna de dejar esta ciudad ántes de aquella noche fatal, que arrebató el resto de la caballería francesa y causó la muerte de tantos hombres.

Nosotros les seguiremos en toda la ruta que ellos tuvieron que recorrer en medio de privaciones y sufrimientos de toda especie.

La jóven, á quien su fe religiosa sostenia, y que la esperanza de volver á ver á su marido daba valor para vencer tantas dificultades, soportaba con una constancia heroica y una resignacion admirable todos estos trabajos, sin que jamás una queja saliese de su boca. Su reconocimiento para con su conductor era grande, y se le manifestaba siempre que se le presentaba ocasion; pero jamás se entabló entre los dos una conversacion seguida; de suerte, que á pesar de las miradas recíprocas, de las continuas atenciones, á pesar de tantos peligros pasados, y de tantas ocasiones de ocuparse uno de otro, ellos no sabian todavía cuando llegaron á Berlin, cual era la justa posicion social de cada uno, y apenas sabian recíprocamente sus nombres.

El comandante, sin embargo, no ignoraba que la jóven á quien habia salvado de una pérdida tan cierta era italiana, y estaba casada hacia dos años con un alto funcionario del ejército francés, á quien ella habia querido seguir en esta desgraciada expedicion. Ella sabia solamente que su protector era un bello jóven, que era jefe de batallon de un regimiento francés, cuyo depósito estaba en Italia; pero en medio de su desgracia ella se creia todavía dichosa, con tal que él pudiese acompañarla hasta su casa y depositarla en el seno de su familia.

Los restos del cuerpo á que pertenecia el comandante se habian reunido en Berlin, y allí tomó el mando en ausencia de los otros jefes; y despues de una marcha sembrada de peligros llegó á las inmediaciones de Verona, donde tuvo la satisfaccion de poner á su protegida en los brazos de su madre, que la creia perdida para siempre.

Preciso es confesar que tantos sufrimientos, soportados entre los dos, tantos peligros evitados por sus recíprocas atenciones, habian establecido entre ellos relaciones difíciles de olvidar, y despues de haber solicitado y obtenido el permiso de ir algunas veces á visitarlas, nuestro jóven comandante se separó de su compañera de viaje, cuya imagen llevaba grabada en su corazón.

Despues de los primeros momentos, dados á un reposo indispensable, la jóven dama empezó á hacer informaciones por todas partes sobre la suerte de su marido: ella escribió al ministro de la Guerra; preguntó é hizo preguntar por sus parientes y conocidos á todos los oficiales que venian de Moscow; en fin, ella le hizo buscar por todas partes, y siempre inútilmente.

Los meses y los años pasaron sin que ella pudiese obtener la menor señal ó noticia sobre la existencia de aquel que la abandonó despues del paso del río Beracina: era pues probable que hubiese perecido buscando su furgon y su criado, del cual tampoco habia habido noticias. Durante el tiempo consagrado á estos recuerdos, ella habia visto muchas veces á su libertador, que usaba siempre para con ella de los términos más respetuosos, y que la habia ofrecido sinceramente todo su apoyo para obtener un éxito favorable en las investigaciones que ella habia hecho sobre la suerte de su marido.

Luego que hubo pasado el primer año sin haber conseguido noticia alguna, nuestro jefe de batallon se atrevió por la primera vez á anunciar á la jóven, que si alguna vez debia renunciar á la esperanza de volver á ver á su marido, él ponía á sus piés un afecto, tanto más fino y cariñoso, cuanto habia estado oculto y contenido mucho tiempo. Ella debía muchas atenciones al hombre, que á pesar de su honesta timidez, se aventuraba á hacerla esta proposicion, para recibirla con indiferencia; pero estaba lejos todavía de pensar en una union que no podia efectuarse en todo caso sino despues de confirmarse plenamente la muerte de su esposo.

Llegaron los sucesos de 1814, y la paz general que se siguió dió una nueva actividad á las pesquisas de la jóven. Hizo tomar informaciones hasta en el interior de la Rusia, y revisó todas las listas de los prisioneros, en las cuales no pudo hallar el nombre de su marido, de suerte que empezó á persuadirse de que no volveria á verle jamás. Esta persuasion hizo que en adelante oye-

se con mas benevolencia las reiteradas súplicas del que despues de haberla salvado no podia vivir sin ella; y llegó á prometerle, que despues de la prueba judicial que ella trataba de pedir, y del fallo en que constase la muerte de su marido, le entregaria una mano á que tenia tantos derechos, si decididamente debia considerarse como viuda.

Seis meses despues estos dos bellos seres, tan virtuosos como valientes, se unieron en la capilla que habia sido testigo del primer juramento de la jóven dama.

La dicha mas completa presidió el primer año de esta union, al fin del cual nació un hermoso niño, fruto de tan tierno amor: nuestro nuevo esposo fué nombrado coronel de un regimiento, por cuyo motivo tuvo precision de marchar á Francia, prometiendo que volveria inmediatamente por su esposa ó hijo para presentarlos á su familia.

Algunos dias despues, un coche tirado por dos caballos de posta se pararon junto al enrejado de la casa de campo que habitaba la jóven recién casada: en el primer momento se figuró que era su esposo que venia á buscarla, y se precipitó para salir al encuentro del viajero; pero con la mayor sorpresa vió bajar del coche un hombre que parecia no poder sostenerse de pié sin el auxilio de un criado que le sostenia y dirigia hácia la casa.

Agitada y temblando marchó á toda prisa á encerrarse en su cuarto; pero á poco rato fué avisada de que el extranjero solicitaba hablarle un momento. Un sudor frío cubrió su frente, sin que ella misma pudiese saber de qué provenia esta extraordinaria turbacion, y como por un instinto irresistible tomó su niño en los brazos, le estrechó contra su corazon, y se dirigió lentamente al salon donde la esperaban. Apenas hubo abierto la puerta y dirigido la vista sobre la persona que estaba en él, dió un grito horroroso y cayó desmayada. La persona que acababa de ver era su primer marido.

Cuando María (este era el nombre de la jóven) volvió en sí, estaba en la cama, y la persona que habia ocasionado su desmayo estaba á su lado, y tenia cogida una de sus manos, que bañaba con sus lágrimas. Cuando él vió que la jóven le miraba, se dió prisa á enjugar sus ojos y la suplicó que se calmase y le oyese.

— María, la dijo con una voz que revelaba la profunda agitacion de su alma, ántes de presentarme delante de tí he tomado los informes mas minuciosos sobre tu posicion actual y sobre los sucesos que han seguido á nuestra separacion en las márgenes del Berecina. Sé que no has perdonado medio alguno para adquirir noticias de mi suerte, y que solo las extrañas circunstancias que han hecho tan larga mi ausencia, han podido impedir que obtuvieras el resultado que con tanta perseverancia solicitabas. Tampoco ignora la noble conducta del hombre á quien actualmente estás unida: yo sé que no ha empleado contigo otros medios de seduccion que su rendimiento, y los inapreciables servicios que te ha prestado. Yo cometí un yerro inmenso abandonándote sola en un momento critico; pero bien le he espiado despues: mi único deseo era hacer ménos graves tus padecimientos recuperando mi furgon con las provisiones que debian sernos tan necesarias. Mil veces despues me he echado en cara tu muerte, porque no creia que hubieses podido salvarte de tantos riesgos, cuyo recuerdo venia á atormentarme cada instante; y pues yo te he perdido por mi culpa, no debo quejarme de que otro te haya recogido y salvado, ni tomar á mal el que hayas pagado tantas y tan finas atenciones, cuando creiste que yo no existia hácia mucho tiempo. María, una pregunta solemne me queda que hacerte, tu repuesta, que yo creo que será franca y sincera, decidirá irrevocablemente de la suerte de los dos. María, ¿eres dichosa?

A esta pregunta un torrente de lágrimas inundó el rostro de la jóven; sin embargo, este llanto no tenia nada de amargo; y cubriendo su hermosa frente con ambas manos, cayó, sollozando, sobre los brazos de su primer esposo.

— ¿Cómo quieres, amigo mio, dijo ella, que á tí que te he amado tan sinceramente, á tí que has hecho mi felicidad durante los dos años que vivimos juntos, y que me manifiestas todavía un cariño tan tierno; cómo quieres, pues, que yo te asegure que soy feliz con otro? Semejante confesion deberia disgustarnos á los dos: otra consideracion me servirá de escusa, porque el sentimiento que ahora experimento es superior á todo lo que puede sufrir una mujer; ¡yo soy madre, y yo adoro á mi hijo!

— Yo comprendo y admiro, dijo él, toda la delicadeza de tu noble proceder; el cielo, ¡ay de mí! me habia concedido la dicha que ahora posee el que te ha consagrado últimamente su existencia; sin embargo, yo no separaré á la madre de su hijo, ni privaré al hijo de su padre: de dos hombres que te aman con pasion, y que han tenido igual parte en tus afecciones, es preciso que uno sea desgraciado; yo me resigno á mi suerte, yo tomo para mí el infortunio, y yo sabré sacrificarme, para no turbar jamás vuestra dicha actual. Yo sé bien que si reclamase la asistencia de las leyes, mis antiguos derechos serian reconocidos; pero no emplearé jamás este medio para entrar en posesion de una felicidad que tú no podrás soportar. Durante el tiempo que yo te he creído muerta, estaba inconsolable por tu pérdida; yo me figuraré desde hoy que esta desgracia se ha realizado. La mujer que hoy he vuelto á encontrar no me pertenece, no existe ya para mí; es una amiga que he hallado, y de quien yo reclamaré siempre un recuerdo afectuoso; y espero que tú verás en mí el mas rendido y sincero de tus amigos.

Finalmente, María, tú lo ves, los padecimientos han aniquilado mi salud, yo no soy ya el mismo hombre, y la muerte se me aproxima á grandes pasos; solo mi corazon no ha cambiado; y en cualquier tiempo, donde quiera que me halle, tú sabrás que la parte de existencia que me reste será para amarte, y el último pensamiento para acordarme de tí: yo marchó otra vez á Francia; no conviene que el hombre á quien esperas me encuentre aquí; es imposible que vivamos los dos bajo un mismo techo; yo no le aborrezco, yo le envidio, y siento solamente haber de dejarle el bien que posee, y que tanto sabe apreciar. María, mañana al amanecer te dejaré para no volver á verte jamás.

Un largo silencio, interrumpido solamente por los sollozos de la jóven, siguió á este triste razonamiento; despues del cual, el hombre virtuoso que acababa de desgarrarse el corazon, fué el primero en recobrar la serenidad. — María, la dijo, permíteme por hoy este nombre familiar; yo te debo la narracion de los dolorosos acontecimientos que me han separado tan cruelmente de tí, y que me han impedido que volviésemos á unirnos ántes de este dia, que miro como el mas feliz, al mismo tiempo que el mas cruel de cuantos me restan pasar sobre la tierra; préstame un rato de atencion, y despues podrás entregarte al reposo, que tanto ha menester tu agitado corazon.

Cuando me decidí á atravesar de nuevo el Berecina en busca del furgon que tanto nos interesaba, no pensé en los obstáculos que podian oponerse á mis deseos: no me faltaba el valor; pero á cada paso se aumentaban las dificultades, porque parecia que crecia en la muchedumbre el desorden y la confusion, lo cual hacia cada vez mas difícil el paso del puente: hácia la mitad de este un carro de artillería, tirado por cuatro caballos, estaba detenido, sin poder abrirse paso por medio de la multitud de hombres á pié que le cercaba por todas partes; cuando yo logré llegar cerca de él, los soldados descontentos obligaban á los caballos á detenerse, presentándoles las puntas de las bayonetas; la obstinacion de los conductores y la resistencia de los peones espantaron de tal modo los caballos, que estos se encabritaron y ocasionaron una gran confusion, en medio de la cual muchas personas cayeron en el rio, siendo yo tambien uno de los desgraciados. Caí sobre el agua helada, y despues de extraordinarios esfuerzos pude ganar la orilla. Apenas hubo subido la pendiente de la ribera, cuando me vi envuelto en una nube de cosacos; estos, despues de haberme dado algunos golpes de lanza, que solo me hicieron algunas ligeras heridas, me despojaron de todas mis ropas y me dieron un andrajoso capote de soldado francés; en seguida me incorporaron con los demás prisioneros de guerra, y haciéndonos marchar delante como un rebaño de carneros, picaban con las lanzas á los que no marchaban con velocidad, y asesinaban sin piedad á los desgraciados que por el hambre ó el cansancio no podian seguir la marcha. De este modo fuimos conducidos hasta Witepsk, pasando las noches en las granjas ó en medio de los bosques, recibiendo por todo alimento un pedazo de pan negro, y este no todos los dias, reemplazándole cuando faltaba, con la carne de los caballos muertos que se habian conservado intactos por la nieve que los cubria. No puedes formarte una idea de los crueles padecimientos de los desgraciados que formabamos esta numerosa colonia, compuesta de siete ú ocho mil soldados, mujeres y niños, la mayor parte heridos, muriéndose de hambre, marchando con los piés llenos de heridas, y dejando tras sí una larga cadena de cadáveres, que marcaban el escabroso camino que seguíamos.

Llegamos á Witepsk, donde se unieron otros muchos prisioneros, se trató de separarnos por naciones y clasificarnos por categorías, segun el rango á que cada uno pertenecia en el ejército. En vano traté de hacer reconocer mi grado; yo me explicaba muy mal en alemán, de suerte que nadie me entendia, y mis vestidos haraposos y miserables hicieron que no alcanzase ser tratado sino como un simple soldado.

Bien pronto se nos hizo saber que debiamos ser conducidos á la Siberia; esta órden injusta me exasperó en términos que resolví hacer todos los esfuerzos posibles por sustraerme á la desgracia que me esperaba.

Al segundo dia de nuestra marcha, despues de haber dejado á Witepsk, cuando atravesabamos un espeso bosque de abetos, con una nevada horrorosa, logré sin mucho trabajo burlar la vigilancia de nuestra escolta, ocultándome en el bosque, y entregándome enteramente al acaso, resuelto á morir ántes que someterme á la triste suerte que me estaba reservada.

Marché todo el dia sin saber por dónde iba ni adónde me dirigia, y á la caída de la tarde llegué á un sitio donde estaba una cuadrilla de leñadores sentados al redor de un gran fuego, y que se disponian á merendar, para despues recogerse en las cabañas de ramas y tierra que ellos mismos habian construido. Mi aspecto les admiró, y despues de algunas preguntas, aquel que parecia el capataz me dijo en alemán que me sentase junto al fuego, y me ofreció algunos alimentos, de que yo tenia bastante necesidad. Pasé la noche junto al fuego, y tuve buen cuidado de no dejarle consumir: al dia siguiente me reuní á los leñadores, y les ayudé cuanto pude en su trabajo. Así pasé tres dias, durante los cuales repartian generosamente conmigo la comida que estaba destinada para ellos. El cuarto dia era domingo, y fué celebrado por un completo descanso: el capataz vino de nuevo á ver los trabajadores, y hallándome todavía entre ellos me hizo algunas preguntas sobre mi posicion, que llegué á comprender á fuerza de mucho tra-

bajo, y me propuso conducirme al palacio de su amo, que era un rico baron que vivia á poca distancia de allí. Yo acepté la propuesta y nos pusimos inmediatamente en camino.

Cuando llegué al edificio que mi conductor llamaba el palacio, y que no era sino una casa sencilla y de muy mal gusto, hallé al baron en una sala baja, bien templada por una enorme chimenea, en la que ardía un gran fuego, que se entretenia en fumar y beber aguardiente, en compañía de un individuo, que segun supe despues era su administrador. El baron me preguntó quién era y de dónde venia: yo hice por responderle de una manera exacta; pero como me explicaba tan mal en alemán, no pude hacerle comprender mi rango de administrador militar francés: por otra parte, el andrajoso capote que yo vestia le hizo dudar de la veracidad de mi aserto, y concluyó por proponerme una plaza de guarda en su casa. Mis obligaciones en este nuevo empleo debian consistir en dirigir á los leñadores que trabajaban por cuenta suya en el bosque, durante la estacion de invierno, y celar á los pastores de sus ganados de bueyes y carneros, durante el resto del año. Yo debia recibir por recompensa de mi trabajo la manutencion diaria, alojamiento en una cabaña de ramas, un vestido completo de guarda, y veinte kopecks para mí. Yo acepté de buena gana esta proposicion, que preferia mil veces á la esclavitud de la Siberia, y esperaba que la paz vendria tarde ó temprano á permitirme volver á Francia, resuelto hasta entónces á soportar con valor una prueba tan dura, y un género de vida tan diferente de aquel á que yo estaba acostumbrado. Despues del primer año, que me pareció demasiado largo, me instaló en su palacio, y no hacia nada sin consultarme; de suerte que si yo hubiese podido beber y fumar como él, hubiese sido á sus ojos un hombre perfecto.

Durante el tiempo de mi destierro, el dolor de haberme perdido, querida María, era un tormento continuo que consumia mi existencia, porque aunque confiaba volver algun dia á mi posicion social, habia perdido la esperanza de volver á verte; y cuántas veces durante las noches, en que no me era posible conciliar el sueño, me parecia verte luchando contra los peligros, ó sucumbiendo á los sufrimientos y a la necesidad. Esta idea cruel, que no me abandonaba jamás, produjo la desesperacion en mi ánimo, y llegué á concebir el proyecto de quedarme en Alemania, temiendo haber de presentarme á tu madre para informarle de tu desgracia.

El baron, que solia recibir algunas gacetas alemanas, tenia cuidado de informarme de los desastres del ejército francés, y luego que yo supe por él que la Francia estaba invadida, y que Paris estaba ocupado por tropas extranjeras, perdí enteramente la esperanza; mucho mas cuando se me anunció como una cosa cierta que la Francia habia sido dividida entre los soberanos aliados.

Todo el tiempo que duró la primera restauracion, el baron, á quien yo habia llegado á ser muy útil, no creyó conveniente á sus intereses instruirme del tratado de paz que se habia concluido, y que me hubiera permitido volver á Francia; pero tenia buen cuidado de hacerme saber los nuevos esfuerzos de nuestro ejército en 1815, y las calamidades que sufrió.

En una palabra, yo estaba tan persuadido de que la Francia estaba en la mas horrible posicion, y de que habia sido dividida y diezmada, que casi habia renunciado al deseo de volver á mi patria, y tal vez estaria todavía en Alemania, si el baron no hubiese muerto hace unos cinco meses, y si su sucesor no me hubiera informado, despues de mucho tiempo, que los prisioneros franceses estaban autorizados para regresar á Francia, y si él no me hubiese facilitado los medios de efectuarlo.

Pero las fatigas de una marcha larga, á pié y en medio de tantas privaciones, así como la pesadumbre y el disgusto, que se aumentaban á medida que me aproximaba mas á mi país, me han envejecido ántes de tiempo, y han dejado en mí recuerdos que no se borrarán jamás.

Mi pesar se aumentó cuando entré en Francia, y traté de obtener que se regularizase mi posicion militar, pues se queria suponer que mi larga ausencia habia sido voluntaria; pero sin embargo, en virtud de las pruebas que hice logré hacerme rehabilitar. Mi primer cuidado fué escribir á Italia para saber noticias de tu suerte, y no tardé en recibir la contestacion, diciéndome tu regreso á la casa materna: despues supe tambien que creyéndome muerto me habias olvidado, haciendo á otro dueño de tu afecto. Luego que me aseguré de que habias hecho todas las diligencias posibles para descubrir mi paradero, y que un fallo judicial te habia autorizado á disponer de tí misma, resolví presentarme á tí, no para arrancarte forzosamente de los brazos de tu nuevo poseedor, sino por saber si eras feliz con él, y en este caso para sacrificarme por tu bienestar.

Despues de concluir esta narracion, durante la cual las lágrimas de la jóven no habian cesado de correr sobre sus hermosas mejillas, el hombre que tan generosamente renunciaba sus derechos, tomó entrambas manos á María, las cubrió de ardientes besos, las oprimió fuertemente contra su corazon algunos momentos, y como aquel que vuelve de repente de una enagenacion mental, salió precipitadamente y sollozando, y se encerró en la habitacion que le habia sido destinada.

Al dia siguiente, cuando los habitantes de la Granja

se levantaron, ya había desaparecido el coche que llegó la víspera por la carrera de Francia.

El coronel llegó ocho días después, y á pesar del entrañable cariño que la jóven le profesaba, fué bien necesario todo este tiempo para que ella pudiese calmar la emoción que había causado la imprevista visita del hombre á quien había creído muerto, y que se había conducido de una manera tan generosa.

El singular descubrimiento siguiente, que puede ser interesante para los historiadores y los anticuarios, aca-

ba de verificarse en la isleta dinamarquesa Ithlen, situada entre las islas de Thorseng y Fyen, cerca de Fuhnen. Habiendo visto algunas personas monedas esparcidas por el suelo, hicieron algunas excavaciones, y con mucha sorpresa encontraron los restos de un zurrón de cuero que había estado guarnecido de adornos de oro, en el cual, y al rededor del cual había cierta cantidad de collares y brazaletes de plata rotos, de un trabajo delicado, y 250 monedas de plata, que contenían por una faz el busto de una persona con ó sin cetro, y la inscripción: *Adelred R. Anglo*, y al reverso una cruz con ó sin inscripción, pero que hasta ahora no ha sido descifrada, donde la había.

Se cree que estas monedas forman parte del Dane-Gelt, con el cual el rey Ethelred el Débil, procuró á fines del siglo X contener las irrupciones devastadoras del rey de Dinamarca, Svend Tvaskjog. Además de estas monedas había otras con inscripciones bizantinas y latinas con bustos adornados con mitras episcopales. Entre todas se han descubierto treinta clases de monedas diferentes que van á ser enviadas al Museo antiguo del Norte, en Copenhague.

El arado no ha penetrado jamás en la tierra de aquella isla, y este descubrimiento parece ser el resultado de algun botín oculto en aquel lugar como sitio seguro.

Omer-baja.



Omer-baja, *muchir otomano* (capitán general) y general en jefe del ejército turco en Bulgaria, tiene ahora de cincuenta á cincuenta y dos años de edad. Pertenece á una familia noble de Croacia, y empezó su carrera militar al servicio del Austria; pero por causa de cierta desavenencia que tuvo con uno de sus jefes, emigró á la Turquía entrando desde luego en el ejército otomano con el grado de comandante de caballería (*bimbachi*), donde su mérito y servicios debían conducirle á las primeras dignidades de la milicia.

Oigamos lo que dice un viajero hablando de este personaje ilustre ya por sus hazañas y que á esta fecha debe segun la última resolución del Divan haber atacado al ejército ruso en los principados del Danubio.

« En 1848 tuve ocasion de ver varias veces á Omer baja en Valaquia, y un pintor que me acompañaba hizo su retrato de un parecido admirable. (Este es el que reproducimos hoy por medio del grabado.) Omer-baja era entonces general de division, pero poco después ascendió al grado que hoy tiene y que es el último escalon de la gerarquía militar en Turquía.

» El ejército otomano, compuesto de unos 15,000 hombres estaba acampado en la orilla izquierda del Danubio á tres cuartos de legua de Giurgews. El general me hizo visitar el campamento, y yo quedé prendado del orden y disciplina que reinaban en aquellas tropas. Lo que me chocó, aunque poco familiarizado con semejantes detalles, fué mas bien el cuidado, la vigilancia en la administracion militar que el uniforme de las tropas, muy diferente del de los soldados rusos que ví algunas semanas después. Esta parte tan abandonada hasta aquí por los jefes otomanos preocupaba en alto grado á Omer-baja quien por esta razon mercede el nombre de buen administrador tanto como el de buen general.

» Yo entré con él varias veces en los cuarteles y ví que llamaba á los soldados por sus nombres, probaba su rancho, se informaba de sus necesidades y les hacia preguntas á que ellos contestaban con una respetuosa familiaridad, de todo lo cual inferí que el general había conquistado entre sus subordinados la popularidad que han tenido siempre los grandes capitanes.

» Omer-baja no habla francés á pesar de ser esta la

lengua dominante hoy en Europa, pero la comprende bastante. En cambio se expresa con igual facilidad en turco, eslavo, alemán ó italiano. Tuve el gusto de hablar con él en este último idioma, y observar que deseaba la guerra que amenazaba estallar en aquel tiempo; se quejaba de la lentitud con que obraba la diplomacia, pero se abstenia de todo lo que hubiera podido contrariar su accion.

» Tenia Omer-baja entonces por edecan al comandante Iskender-Bey que había hecho sus estudios en Francia. Este me contó muchas particularidades de la vida

del general, diciéndome que su jefe se había señalado gloriosamente en todas las guerras que la Puerta había sostenido en los últimos once años; luchas en su mayor parte producidas por la necesidad de hacer volver á sus deberes á ciertas provincias rebeldes. Tales habían sido las expediciones de la Siria en 1844, y mas tarde las de Georgia y Kurdistan.

» Omer-baja había hecho reconocer en todos los puntos insurreccionados la autoridad del Sultan, y como garantía de la sumision de los rebeldes se había llevado prisionero al jefe principal Bederkhan-Bey, último representante del feudalismo turbulento, al cual había dado tan duros golpes el sultan Mahamud. Abdul-Medjid, mas indulgente que su padre, perdonó á Bederkhan-Bey, recompensando á su vencedor, haciendo acuñar una medalla con que quiso condecorarle él mismo.

» Cuando se verificó la ocupacion momentánea de los principados, Omer-baja, nombrado general en jefe del ejército de operaciones encargado de la difícil mision de pacificar la Bosnia, y tanto en esta expedicion como en la que dirigió luego contra los montenegrinos, manifestó el doble talento de general y de negociador.

» Omer-baja pasa por ser el mejor general del ejército turco, y la verdad es que siempre que se le ha puesto á la prueba ha desplegado talentos militares que robustecen su reputacion. Falta solo saber lo que haria en un campo de batalla europeo; sin embargo, lo que no tiene duda es que infunde temor á sus enemigos.»

Dirémos para concluir que Omer-baja ha renunciado muchas veces el ministerio. El es tal vez el único de todos los grandes bajás de la Puerta que ha renunciado todos los cargos de ministro y de embajador con que le ha honrado su emperador, prefiriendo siempre el mando militar. Algunos periódicos

alemanes han tomado pretexto de esta conducta para decir que busca la ocasion mas propicia para volver sus armas contra el Sultan, revolucionando en su favor la Turquía europea; pero Omer-baja tiene demasiado talento para pensar en esta trama grosera. En lugar de ver en su sistema la ambicion de un traidor que solo aspira á destronar al monarca que le ha honrado con su confianza, veamos mas bien la lealtad de un hombre que quiere defender á su país adoptivo en el puesto en que cree que puede prestar servicios mas importantes.

EDITOR RESPONSABLE, CH. D'AMYOT.

PARIS. — TYP. WALDER, CALLE BONAPARTE, 42.

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.

Este periódico sale á luz cincuenta y dos veces al año, con mas de 800 dibujos ó grabados sobre madera de los mejores artistas de Paris, Madrid y Londres. Cada número se compone de 46 páginas de impresion sobre papel de lujo con magníficas láminas, retratos y trozos de música intercalados en el texto. Cada mes los suscritores recibirán dos figurines de última moda, uno de mujer y otro de hombre, y varios patrones de bordados de todo género.

SERVICIO POR LOS VAPORES INGLESES DOS VECES AL MES. — PRECIO DE SUSCRICION AL AÑO.

Para la HABANA.	\$ 12 fuertes.	Para el CENTRO AMERICA, PANAMA y todas las agencias de la COSTA DEL PACIFICO.	\$ 15 " "
— el interior de la ISLA DE CUBA.	\$ 15 " "	— el PARAGUAY, VALPARAISO, SANTIAGO DE CHILE, SAN FRANCISCO CALIFORNIA.	\$ 16 " "
— PUERTO RICO (San Juan).	\$ 13 50 macq.	Un número suelto.	\$ 3 rs. fs.
— el interior de la ISLA DE PUERTO RICO.	\$ 18 50	— VERA CRUZ y TAMPICO.	\$ 13 fuertes.
— las ANTILLAS FRANCESAS, INGLESA y COSTA FIRME.	\$ 12 fuertes.	Un número suelto.	\$ 2 1/2 rs. fs.
— la PROVINCIA DE CUMANÁ.	\$ 12 75 "	— MÉJICO, PUEBLA, ORIZABA, CÓRDOVA, JALAPA.	\$ 15 fuertes.
Un número suelto.	2 1/2 rs. fs.	— todo el interior de la República.	\$ 18 fuertes.
— la PLATA, REPUBLICA ARGENTINA y el BRASIL, (por los vapores del 9 de cada mes).	\$ 14 " "	Un número suelto.	\$ 3 1/2 rs. fs.